

VIVIR COMO UN NIÑO
Meditaciones sobre “El Principito”

Antonio González Paz



VIVIR COMO UN NIÑO

Meditaciones sobre El Principito

Antonio González Paz



«No quiero ser mayor jamás.
Quiero ser siempre un niño y divertirme».

(J. M. BARRIE, *Peter Pan*)

PRESENTACIÓN

Me topé por primera vez con *El Principito* cuando tenía quince años. En el libro de Lengua y Literatura francesa que estudiábamos en el colegio venía una sucinta biografía de su autor y el capítulo del zorro. En clase lo leímos y traducimos a un castellano lleno de cadencias andaluzas.

Unos años más tarde pude leerlo en una mediocre traducción hecha en Argentina. Cuando realmente me fascinó el libro fue cuando puede hacerme con la versión original. Disfruté mucho con sus páginas. Descubrí que encerraban toda una forma de entender la vida. Solo muchos años más tarde me animé a escribir un comentario que ayudara a otros a orar y reflexionar.

Cuando estaba preparando este libro conocí, a través del libro de Paul Lebau, *Un itinerario espiritual*, a Etty Hillesum, una judía holandesa asesinada en 1943 en el campo de concentración de Auschwitz. A su diario personal pertenece este fragmento:

Esta tarde he contemplado láminas japonesas. Me ha impactado una evidencia repentina: así es como yo quiero escribir. Con mucho espacio en torno a pocas palabras. Odio el exceso de palabras. No quisiera escribir más que palabras insertadas orgánicamente en un gran silencio, y no palabras que no están ahí más que para dominar y desgarrar el silencio. En realidad, las palabras deben acentuar el silencio. Como esta lámina con una rama en flor en un ángulo inferior. Unas cuantas pinceladas delicadas –¡pero qué manera de manifestar el más ínfimo detalle!– y, alrededor, un gran espacio, no un vacío. Digamos mejor: un espacio inspirado... Habrá que encontrar una justa dosificación entre lo dicho y lo tácito; lo no dicho está más cargado de acción que todas las palabras que podamos tejer juntas... No se trata de un silencio vago e inasible; debe tener unos contornos bien delimitados y una forma propia. De este modo, las palabras no deberían servir más que para dar su forma y sus límites al silencio.

Me propuse escribir este libro así, intentando lograr un equilibrio entre lo que escribo y lo que callo, entre lo tácito y lo insinuado, dejando al lector el trabajo de explorar ese silencio y desde ahí entablar relación con el Misterio que nos habita y sobrecega.

Cada capítulo se inicia con una reflexión que invita al lector a evocar su propia experiencia sobre el tema abordado en el capítulo. Le sigue un resumen del texto de Saint-Exupéry. Termina con un comentario sobre algún aspecto del mismo.

Sugiero al lector que comience leyendo el cuento de Saint-Exupéry, incluso aunque lo conozca sobradamente. Refrescar el relato hará probablemente más

sugerente la reflexión posterior.

No quiero terminar esta presentación sin dedicar este libro a tantos niños que han habitado mi vida, en particular a Pablo, Beatriz, Fernando, Javier, María, Ignacio, Paula, Ana, José, Matías, Sofía, y a tantos adultos que he conocido que han sabido conservar al niño que fueron. Gracias a todos ellos he comprendido mejor al Principito.

Santa María de Carabanchel,
diciembre de 2004

UN HOMBRE CON CORAZÓN DE NIÑO

AVIADOR, ESCRITOR Y POETA

Antoine de Saint-Exupéry nació en Lyon el 29 de junio de 1900. Estudió en colegios de jesuitas y marianistas hasta 1914. Terminado el bachillerato inició sus estudios de arquitectura, carrera que cambió, durante el servicio militar (1921), por la de aviador. A partir de 1926 se convirtió en piloto de líneas aéreas.

En sus novelas –*Vuelo de noche*, *Tierra de hombres*, *Cartas a un prisionero*, *Cartas a un amigo imaginario*– recoge su experiencia como aviador narrada con una gran sensibilidad y belleza. Es un escritor de talante solitario, penetrado por la nostalgia del desierto, amante de la amistad y la camaradería. Todos estos temas están presentes en *El Principito*, donde pone de manifiesto, con sencillez y ternura, sus convicciones más profundas. Fue su corazón de niño el que le permitió ser un poeta sin haber escrito un solo verso.

Desapareció en el Mediterráneo en 1943, durante una misión militar. Un año antes había publicado *Piloto de guerra*, donde describe la guerra, no como una aventura, sino como una enfermedad. Murió víctima de esa dolencia, que había diagnosticado tan certeramente.

HISTORIA VIVIDA

Antoine de Saint-Exupéry comienza su relato sobre el Principito con algunos datos autobiográficos. Confiesa que se sintió inclinado a la pintura desde su más tierna infancia. Su vocación artística quedó frustrada por unos adultos que no fueron capaces de valorar sus dotes pictóricas. Sus primeros dibujos, una boa digiriendo un elefante vista externamente y en corte sagital, fueron identificados por las personas mayores como rudimentarios sombreros...

Decepcionado por la experiencia cambió los pinceles por los aviones. Afortunadamente tuvo la feliz ocurrencia de conservar sus pequeñas obras maestras durante toda su vida. Se salvaron milagrosamente el día del accidente que le costó la vida. Los utilizaba para reconocer a las personas mayores que conservaban un niño en el corazón:

A lo largo de mi vida he mantenido relaciones con gran cantidad de personas importantes. He vivido también con personas mayores. Las he conocido de cerca. Sin embargo no he cambiado mucho de opinión.

Cuando encontraba a alguna que me parecía algo despierta, probaba a enseñarle mi dibujo número uno que he conservado hasta el día de hoy. Quería saber si era verdaderamente inteligente. Siempre me han respondido: «Esto es un sombrero». Ya no me molestaba en hablar con ella de boas, selvas tropicales o estrellas. Me ponía a su nivel hablando de bridge, golf, política o corbatas. Y esa persona se quedaba encantada de haber conocido a un hombre tan interesante.

UN NIÑO GRANDE

Antoine de Saint-Exupéry, sometido a la presión de las personas mayores, tuvo que abandonar su brillante porvenir como pintor, y estudiar una carrera que le permitiera vivir dignamente e integrarse en el sistema. Lo hizo y, convertido en un hombre hecho y derecho, tuvo la extraña habilidad de seguir siendo siempre un niño.

Perpetuo travestido en adulto, guardó siempre a mano sus dibujos infantiles. Era un test que utilizaba para detectar, en medio del mundo de los adultos en el que se veía obligado a vivir, a los niños enmascarados que hay en ese gran baile de disfraces que es la vida social. Solo las personas que descubrían en el dibujo número dos un elefante siendo digerido por una boa, merecían su atención. A los demás les hablaba de *bridge*, fútbol y política... y los daba por perdidos.

Conservar vivo el niño que uno fue no es fácil. Todo parece estar confabulado para que acabemos enterrando los sueños, las ilusiones, el corazón, en nombre de la madurez, la profesionalidad y la eficacia. Y ser un niño es más bien todo lo contrario. Es tener corazón y no recuerdos, ilusiones y no realidades, proyectos y no realizaciones. Es ser capaz de imaginar un futuro distinto al pasado que se fue y al presente que nos apremia.

El mismo sistema educativo, concebido para formar personas serias y responsables, llenas de conocimiento y habilidades, favorece que vayamos enterrando al niño que nacimos. Cuando la escuela se empeña en hacernos vivir del pasado, cuando enseña matemáticas como algo irrefutable, historia como una sucesión de hechos acaecidos, filosofía como un colección de pensamientos fosilizados... está potenciando al adulto. Muchas veces el título de bachiller es a la vez la partida de defunción del niño que ingresó en el centro escolar.

Roger Garaudy llegó a escribir que todo el esfuerzo educativo debería favorecer

lo contrario: ir desnudando al hombre viejo para redescubrir al niño que estamos llamados a ser y que, con frecuencia, permanece oculto:

¡Qué viejo es un niño que nace! Madurado como hermoso fruto de millones de años en la historia de la tierra y del hombre, soporta todo el pasado de la vida y de la especie. Desde el útero de su madre hasta la plena andadura a lo ancho de la naturaleza, sus instintos y sus goces se han ido formando desde su entorno y sin su concurso, viniendo desde muy arriba y desde muy lejos.

(R. GARAUDY, *Palabra de hombre*)

Saint-Exupéry, conservando al niño o redescubriéndole en el adulto, pudo y supo vivir como un niño. En él se realizó la invitación de Pablo: «Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto según la imagen de su Creador» (Col 3,9-10).

Para la Escritura, viejo no es el que acumula años y sabiduría, sino el que ha basado su vida en el tener. Es decir, el que desconfía del cambio; el que no cree en la bondad de las personas; el que busca lo útil en todo; el que es esclavo del consumismo; el que se encasilla en el siempre se ha hecho así; el que busca la seguridad en el poder, la tradición o la experiencia; el que tiene miedo a querer y a dejarse querer; el que ha dejado de hacer preguntas... O sea, el que ha enterrado la ilusión, el asombro, el deseo de soñar y solo ve sombreros donde en realidad hay una boa digiriendo a un elefante.

Por el contrario, un niño es, para la Escritura, el que se empeña en construir su vida en el ser. Es decir, el que es capaz de disfrutar de la vida; el que vive con los cinco sentidos interiores a flor de piel; el que es capaz de crear y soñar cosas nuevas; el que no se cansa de hacer preguntas a la vida; el que vive con ilusión la sorpresa de cada día; el que sabe llorar y no oculta sus lágrimas; el que ríe y comunica alegría; el que sueña despierto sin evadirse de la realidad; el que sorprende y se deja sorprender; el que cree en el hombre y le abre el corazón; el que es capaz de seguir jugando; el que, a pesar de todo, cree en el futuro... O sea, el que ve una boa digiriendo a un elefante donde las personas mayores solo ven un sombrero.

El Principito y Antoine de Saint-Exupéry encarnan a ese niño que todos estamos llamados a ser. A eso nos invitó Jesús: «Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como los niños no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18,3).

Solo con corazón de niño se puede rezar:

Señor, mi corazón no es ambicioso
ni mis ojos altaneros;
no persigo grandezas
que superan mi capacidad;
sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre.
Espere así Israel en el Señor
ahora y por siempre (Sal 131).

UN PRÍNCIPE EN EL DESIERTO

EL UNIVERSO MÁGICO DE LOS NIÑOS

Me gustan mucho los niños. Siempre tienen a punto una sonrisa en los labios, una mirada cómplice en las pupilas, una travesura desconcertante en su cabeza, un abrazo entrañable en el corazón.

Me sorprenden constantemente con su imaginación, su creatividad, su curiosidad, su deseo de explorar y conocer, su necesidad de tocarlo todo, de sentir, de experimentar... El universo mágico de los niños, lleno de preguntas imprevistas e imprevisibles, realmente me fascina.

Me divierte mucho jugar con ellos. Procuro aprovechar todas las ocasiones para sumergirme en su mundo y acompañarles en sus aventuras. Con ellos he conquistado castillos en una playa, he descubierto a Nemo en una bañera, he liberado prisioneros en mazmorras sarracenas ubicadas dentro de un armario, he saltado sobre camas impecablemente hechas, me he hecho invisible envuelto en un pañuelo de cuello que era, ni más ni menos, que la capa de Harry Potter...

En un divertido libro, que pretende ser las memorias de un niño de cinco años, Willi Breinholst describe esa capacidad de los chavales de transformar la realidad y jugar con ella:

Ayer convencimos a papá y a mamá de que nos permitieran aguardar la salida de la luna para ir a verla reflejada en la superficie del mar. La luna se retrasó un poco, pero no importó porque, entretanto, estuvimos jugando con las estrellas.

—Las estrellas de mar son verdaderas estrellas que se han caído del cielo— le expliqué a mi hermanito.

Él sabe muy pocas cosas porque solo tiene tres años. Finalmente llegó la luna y se reflejó en el mar. Sus rayos bailaban y se mecían en el agua, y saltaban cuando nosotros echábamos una piedra dentro. Era la mar de divertido.

(W. BREINHOLST, *¡Mira mamá, mira papá!*)

Solo los niños, como el Principito, son capaces de recoger estrellas en los charcos de lluvia, de levantar una ola y caminar por el fondo del mar, de ver una ovejita en el interior de una caja de cartón, de contemplar un elefante en el

interior de una boa, de extasiarse ante una puesta de sol, de llorar desconsoladamente por una rosa...

UNA VOZ CRISTALINA EN EL DESIERTO

En cierta ocasión, cuando ya era un experto piloto de líneas aéreas, viajando solo, sufrió una avería que le obligó a tomar tierra en el corazón del desierto del Sahara. Allí, al amanecer, se produjo su desconcertante encuentro con el Principito.

La primera noche dormí sobre la arena a mil kilómetros de cualquier tierra habitada. Estaba más aislado que un náufrago sobre un tronco en medio del océano. Imaginaos mi sorpresa cuando, al clarear el día, me despertó una voz cristalina que decía:

–Por favor, píntame una ovejita.

–¿Qué dices?

–Píntame una ovejita.

Me levanté de un salto, como si hubiera sufrido una descarga eléctrica. Me froté los ojos. Miré atentamente y vi a un chavalillo que me observaba con mucha atención (...).

Miré la aparición con los ojos como platos, cargados de asombro. No olvidéis que estaba a mil kilómetros de cualquier población. El chaval no daba la impresión de estar perdido, ni muerto de cansancio, ni muerto de hambre, ni muerto de sed. Nada en él evidenciaba que era un niño perdido en medio de un desierto a mil kilómetros de cualquier tierra habitada. Cuando conseguí articular palabra, le dije:

–Dime... ¿qué haces aquí?

Él me repitió lentamente, como si se tratase de algo muy importante:

–Por favor... píntame una ovejita.

El aviador, que no había vuelto a hacer ningún dibujo desde su infancia, confesó su dificultad para pintar una oveja. Ante la insistencia del Principito tuvo una idea ingeniosa:

Como nunca había pintado una oveja, volví a dibujar uno de los dos únicos dibujos de los que soy capaz: el de la boa cerrada. Me quedé de piedra cuando el chaval me dijo:

–¡No! ¡no! No quiero un elefante dentro de una boa. Las boas son peligrosas y los elefantes enormes. Mi país es muy pequeño. Necesito una oveja. Píntame una ovejita.

Ante la insistencia del Principito, el aviador se aventuró a pintar una ovejita. A su nuevo amigo la primera le pareció enferma, la segunda un carnero, la tercera demasiado vieja. Cansado y urgido por las prisas por arreglar el avión, buscó una alternativa cuyas consecuencias nunca pudo prever:

Como tenía prisa por comenzar a desmontar el motor del avión, perdí la paciencia y garabateé este dibujo. Se lo pasé:

–Ahí tienes la caja. La oveja que quieres está dentro.

Me quedé sorprendido al ver iluminarse el rostro de mi joven juez:

–¡Es exactamente lo que quería! ¿Crees que esta oveja comerá mucha hierba?

–¿Por qué?

–En mi país todo es muy pequeño...

–Habrá suficiente. Te he regalado una oveja muy pequeña.

Él se inclinó sobre el dibujo:

–No tan pequeña... ¡Mira! se ha quedado dormida...

Y fue así como conocí al Principito.

PÍNTAME UNA OVEJITA

Antoine de Saint-Exupéry, en uno de sus viajes en solitario sobrevolando el desierto del Sahara, tuvo un avería en los motores y se vio obligado a tomar tierra a más de mil kilómetros de la población más cercana. Para él era cuestión de vida o muerte repararla cuanto antes, ya que solo tenía agua para unos ocho días.

Durmió como pudo en ese océano de arena donde la compañía es un espejismo, el agua un tesoro, la vida un misterio. En una soledad absoluta, inmerso en «un silencio ondulado», como diría García Lorca, su sorpresa fue mayúscula al ser despertado, al alborear el día, por una voz cristalina.

El dueño de aquella voz era un chaval que misteriosamente había aparecido a su lado y que pedía, sin más explicaciones, su colaboración: «píntame una ovejita».

Cuando el misterio –el misterio del hombre, el misterio de Dios– se hace presente en nuestra vida caben dos posibilidades: reaccionar como un adulto o como un niño. En el primer caso se acude a la cabeza intentando racionalizar la experiencia y buscar una explicación lógica y coherente. En el segundo uno se deja envolver por él y entra en el juego.

El aviador, que era un hombre con un corazón de niño, optó por la segunda vía. Se dejó sorprender y entró en diálogo con él. Se acercó, con el corazón sobrecogido, los ojos muy abiertos y los pies descalzos, a un misterio que le sobrepasaba y que le exigía una respuesta inmediata: Olvidando sus limitaciones personales empezó a dibujar una oveja...

Su experiencia recuerda a la de Moisés:

Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián; llevó el rebaño trashumando por el desierto hasta llegar al Horeb, el monte de Dios. El ángel del Señor se le apareció en una llamarada entre las zarzas. Al fijarse, vio que la zarza estaba ardiendo pero no se consumía.

Moisés se dijo: «Voy a acercarme para contemplar esta maravillosa visión, y ver por qué no se consume la zarza».

Dijo Dios:

—No te acerques. Quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado.

Moisés se cubrió el rostro temeroso de mirar a Dios (Ex 3,1-7 [selección]).

Moisés estaba en mitad del desierto, lejos de los suyos, rodeado de un silencio ondulado que le permitía captar cualquier ruido. Inicialmente curioso, luego sorprendido y posteriormente sobrecogido se acerca al misterio insondable de un fuego que arde sin consumirse. Lo hace con los pies desnudos y el rostro cubierto ante aquello que le sobrepasa y desconcierta. Con los ojos muy abiertos y los oídos despiertos, escucha la propuesta de Dios. Superando su miedo y su tartamudez, el antiguo príncipe de Egipto, acepta ponerse al servicio de la liberación de Israel. La propuesta es desconcertante y descabellada, pero él la acepta, seguro en la seguridad que le da su Dios. Y sin perder tiempo, tomando a su familia y sus posesiones, vuelve a su país y se presenta al faraón diciéndole: «Así dice el Señor Dios de Israel: deja salir a mi pueblo para que celebre mi fiesta en el desierto» (Ex 5,1).

Saint-Exupéry, como Moisés, se abrió al misterio. Empezará a dibujar lleno de buena voluntad, y olvidándose de sus propias preocupaciones, una ovejita para su príncipe. Como premio a su entrega podrá oír: «¡Es exactamente lo que quería!». Y así fue como conoció al Principito. Tenía por delante el misterio de una persona desconcertante que se le irá revelando poco a poco...

¿DE DÓNDE VIENES?

El Principito era muy celoso de su intimidad. El aviador pudo ir desvelando su misterio poco a poco, reuniendo datos sobre su nuevo amigo, aprovechando pacientemente cualquier conversación.

Así descubrió su procedencia cuando el Principito se interesó por su avión:

Cuando él descubrió mi avión me preguntó:

-¿Qué es ese cacharro?
 -No es un cacharro. Es un avión. Sirve para volar. Es mi avión.
 Me sentía orgulloso de hacerle saber que yo volaba. Entonces exclamó:
 -¿Qué me dices? ¡Has caído del cielo!
 -Sí -contesté humildemente.
 -Vaya, que diver...
 El Principito soltó una carcajada que me molestó mucho. Me gusta que se tomen en serio mis
 desgracias. Luego agregó:
 -Qué coincidencia: tú también vienes del cielo.

El aviador descubrió también algunos datos sobre el planeta del que procedía el Principito en otra conversación posterior, en la que el aviador le prometió darle una cuerda y una estaca para atar a la ovejita:

La oferta le chocó al Principito:
 -¿Atarla? ¡Qué ideas más raras tienes!
 -Si no la atas se podrá escapar y perderse.
 Mi amigo soltó una nueva carcajada.
 -¿Adónde quieres que vaya?
 -¡Yo qué sé! Irá hacia adelante, por derecho...
 El Principito comentó con tono serio:
 -¡No importa! Mi país es tan pequeño...
 Y añadió, quizás con un deje de melancolía:
 -Caminando hacia adelante y por derecho no llegará muy lejos.

ABRIRSE AL MISTERIO

Abrirse con un corazón de niño al Misterio –al misterio del otro, al misterio de Dios– despierta inevitablemente el deseo de conocerlo. No se trata de una curiosidad malsana y enfermiza, sino de la voluntad de ir progresivamente penetrando en lo impenetrable para amarlo más. Este conocimiento es lento y progresivo: hay que saber esperar, a veces, mucho tiempo.

El aviador deseaba conocer a su compañero. Aprovechaba cualquier ocasión para interrogarle: «¿De dónde vienes?, ¿dónde está tu país?, ¿adónde quieres llevar a mi ovejita?». El Principito rehuía sistemáticamente facilitarle los datos. Era muy celoso de su intimidad. Solo gracias a frases cogidas al vuelo, podrá ir el piloto reconstruyendo, poco a poco, la historia de su pequeño amigo y entrar en su misterio.

A lo largo de la Escritura se manifiesta constantemente esta misma inquietud.

El creyente desea conocer el misterio de Dios y lo expresa con frases sugerentes:

Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro (Sal 26,9).

Mi alma te busca a ti, Dios mío,
tiene sed de Dios, del Dios vivo (Sal 41,2-3).

Enséñame tu gloria (Ex 33,18).

¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios? (Sal 41,3).

Te busco de todo corazón (Sal 118,10).

Quizás el texto más revelador es el que recoge el libro del Éxodo. Moisés, después de haber obedecido a Dios sacando a su pueblo de Egipto, manifiesta al Señor el deseo de conocerle profundamente, de ver su rostro, de contemplar su gloria. La respuesta es:

Mi rostro no lo puedes ver, porque nadie puede verlo y quedar con vida. Ahí, junto a la roca, tienes un sitio donde ponerte; cuando pase mi gloria te meteré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi palma hasta que haya pasado, y cuando retire la mano podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás (Ex 33,20-23).

El texto es muy expresivo. Ante el deseo tan humano de conocer el misterio de Dios, de ver su rostro, la respuesta del Señor es clara: mientras el hombre esté en esta vida no puede verlo de frente porque eso significaría conocer su acción. Tiene que conformarse con ver su espalda una vez que ha pasado por su vida. Es decir, Dios es libre para revelarse a quien le plazca y se le conoce por sus obras, signos de su realidad, que son el amor, la bondad, la gracia, la ternura. El creyente constata su paso por sus efectos maravillosos en la historia de los hombres.

El aviador tuvo, de momento, que contentarse con saber que el Principito venía de otro planeta y que este era muy pequeño. Descubrió también su risa, su ternura, su obstinación en no responder a las preguntas, su afán por saber, su capacidad de reflexionar... Él le dejaba ver solo su espalda...

Prosiguiendo pacientemente sus investigaciones, el aviador llegó a la conclusión de que el planeta del que procedía el Principito era el asteroide B 612, descubierto por un astrónomo turco en 1909. Si aporta estos datos precisos es por los potenciales lectores adultos que leyeran su narración:

Si os he contado estos detalles sobre el asteroide B 612, si os he dado su número, es por los adultos. A las personas mayores le gustan los números. Cuando les habláis de un nuevo amigo, nunca os harán preguntas sobre lo fundamental. Nunca os dirán: «¿Cómo es el timbre de su voz?, ¿qué juegos le divierten?, ¿colecciona mariposas?». Simplemente os preguntarán: «¿Qué edad tiene?, ¿cuántos hermanos son?, ¿cuánto pesa?, ¿gana mucho dinero su padre?». Solo así creen conocerle.

Si dices a una persona mayor: «He visto una casa preciosa de ladrillos rojos, con geranios en las ventanas y palomas en el tejado», nunca conseguirá imaginársela. Hay que decirle: «He visto una casa de un millón de euros». Entonces exclamará: «¡Qué bonita es!».

Si le dices: «La prueba de que el Principito existió es que era encantador, que tenía una sonrisa deslumbrante y que quería una ovejita. Querer un ovejita prueba su existencia». Entonces se encogerá de hombros y te tratará como a un crío. Si le dices: «El planeta de donde procedía es el asteroide B 612», lo convencerás y no te molestará con preguntas insulsas. Las personas mayores son así. Qué le vamos a hacer. Los niños deben ser muy comprensivos con ellas.

Los que verdaderamente entendemos la vida nos reímos de los números.

UNA CASA DE LADRILLOS ROJOS

Antoine de Saint-Exupéry prosiguió pacientemente intentando conocer al Principito. Para él, conocer no era un ejercicio meramente intelectual, propio de adultos, que creen conseguirlo sabiendo que el asteroide del que venía era el B 612, o que su planeta media 80 m^2 .

Para él, como para los niños, conocer era tener una experiencia personal con alguien comprometiéndose profundamente con él. Suponía acercarse al otro con la cabeza y el corazón penetrando en su intimidad y su misterio, haciéndose solidario de su pasado y de su futuro. Por eso le interesaba más saber qué sentía el Principito ante una puesta de sol o al recordar a su rosa que averiguar su edad, la extensión de su planeta o el destino final de la ovejita.

Esta forma de conocer exige implicar a toda la persona en la relación. Supone acercarse al otro con la inteligencia abierta y todos los sentidos despiertos. Se reconoce al otro por el timbre de su voz, por la luminosidad de su mirada, por la

flexibilidad de su piel, por el sabor de sus caricias, por el olor de su presencia. Quizás por eso en la Biblia conocer es sinónimo de mantener relaciones sexuales con una persona ya que ese gesto debería implicar a toda la persona con otra hasta quedar fundidos en una sola carne (Gn 2,24).

A este conocimiento se llega mediante la intimidad y comunión o se adquiere por intuición, trato, información, aprendizaje o deducción. Conjugando todo esto Saint-Exupéry descubrirá en el Principito a un amigo al que nunca se quiere olvidar. Por eso, a pesar de años sin dibujar, se comprará una caja de acuarelas e intentará retratarlo poniendo el corazón en los pelos de los pinceles.

¡CUIDADO CON LOS BAOBABS!

Hasta el tercer día el aviador no conoció una de las fuentes de preocupación del Principito: la existencia de los baobabs. Eran una auténtica amenaza para la supervivencia de su pequeño planeta.

Inesperadamente el Principito me preguntó, como preso de una duda angustiosa:

–¿Es cierto que las ovejas comen arbustos?

–Sí, es verdad.

–Estupendo, ¡que alegría me das!

No comprendía la importancia de que las ovejas comieran arbustos. El Principito agregó:

–Por tanto ¿comen también baobabs?

Le aclaré al Principito que los baobabs no son arbustos, sino árboles como castillos y que ni siquiera, aunque se llevara a su planeta una manada de elefantes, el rebaño sería capaz de arrancar un solo baobab.

La idea de la manada de elefantes hizo reír al Principito:

–Habría que ponerlos unos encima de otros...

Luego dijo certeramente:

–Al principio, los baobabs son pequeños...

–Claro. Pero ¿por qué quieres que tus ovejas se coman los baobabs cuando son todavía pequeños?

Él me respondió: «Bien. Pues eso», como si fuera algo evidente. Tuve que hacer un gran esfuerzo mental para captar por mí mismo la magnitud del problema (...).

«Es cuestión de disciplina», me decía más tarde el Principito. «Cada mañana, cuando uno termina de arreglarse, debe hacer detenidamente la limpieza del planeta. Hay que arrancar sistemáticamente los brotes de baobabs en cuanto se los distingue de los de los rosales, con los que, al principio, son fáciles de confundir. Es un trabajo pesado, pero sin complicaciones».

BUENAS Y MALAS HIERBAS

En el asteroide B 612, como en todos los terrenos, había buenas y malas hierbas.

Entre las últimas las verdaderamente peligrosas eran las de baobabs. Si se las dejaba crecer, sus raíces acabarían destrozando el planeta...

Mientras eran simples semillas o tiernos brotes eran difíciles de distinguir. Todas parecían igualmente inofensivas. Pero en cuanto daban la cara era preciso arrancarlas. Cualquier descuido podría resultar peligroso: «Es cuestión de disciplina –repetía el Principito–: Hay que arrancar sistemáticamente los brotes de baobabs en cuanto se les distingue de los de los rosales».

Esta preocupación por el planeta le llevaba a tener una actitud de vigilancia y discernimiento. Solo así el futuro podía estar asegurado.

La vigilancia le suponía permanecer alerta, sin dejarse dominar por el sopor, la pereza o el sueño. Estando siempre atento, velaba sin dejarse vencer por el cansancio, y permanecía en guardia.

A la vigilancia unía el discernimiento. Para él era capital distinguir los buenos y los malos brotes a partir de sus diferencias. Solo así podía estar seguro de que eliminaba las malas hierbas sin arrancar las beneficiosas.

Las Escrituras invitan a los creyentes a permanecer siempre alerta y discerniendo. Solo así se puede asegurar el crecimiento en la vida interior:

Sois todos ciudadanos de la luz y del día; no pertenecemos a la noche y las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás y permanezcamos vigilantes (1 Tes 5,5-6).

No os ajustéis a este mundo, antes transformaos con una mentalidad nueva, para discernir lo que es bueno, aceptable y perfecto (Rom 12,2).

Discernir lo que es mejor y quedaos con ello (Flp 1,10).

Quizá si las Consejerías de Educación de las diversas Autonomías se concienciaran de la importancia de educar en la vigilancia y el discernimiento promoverían una campaña de nivel nacional advirtiéndolo: «¡Niños!, tened cuidado con los baobabs».

LA PUESTA DE SOL

Al Principito le encantaban las puestas de sol. Como su planeta era muy pequeño, le bastaba mover un poquito su silla para contemplarlas cuando le apetecía:

El cuarto día por la mañana, me dijiste:
–*Me encantan las puestas de sol. Vamos a ir a ver una.*
–*Tendremos que esperar...*
–*¿Esperar a qué?*
–*Esperar a que caiga la tarde.*
Al principio te quedaste muy sorprendido, y luego acabaste riéndote de ti mismo y confesando:
–*¡Me creía en mi tierra! (...).*
–*Un día vi ponerse el sol cuarenta y tres veces.*
Unos instantes más tarde añadiste:
–*Cuando uno está triste le gusta ver la puesta de sol.*
–*¿Estabas muy triste el día que viste cuarenta y tres?*
El Principito no me contestó.

LA MAGIA DEL ATARDECER

La puesta de sol es, probablemente, uno de los momentos más hermosos de la jornada. Toda la creación va recogiendo, perdiendo color y ensimismándose para despedirse de la luz.

Al Principito le gustaban mucho las puestas de sol. Disfrutaba viendo el sol poniente, el cielo arrebolado y sintiendo en la piel la brisa de la tarde. Tanta belleza le sobrecogía y le esponjaba el corazón.

En su pequeño planeta, un leve movimiento le permitía contemplar el crepúsculo todas las veces que quisiera. Extasiado ante tanta belleza era capaz de superar la tristeza.

Difícilmente podríamos calcular la profundidad de su pena el día que vio cuarenta y tres atardeceres... Probablemente hasta el lector más adulto renuncie a intentarlo.

El atardecer es también un momento privilegiado para encontrarse con Dios. Concluidos los trabajos de la jornada y antes de entregarse al descanso, atraído por la belleza del momento, el hombre se siente inclinado a pasearse con Dios por el jardín tomando el fresco (Gn 3,8).

LAS LÁGRIMAS DE UN PRÍNCIPE

Gracias a la ovejita, el problema de los baobabs estaba solucionado: ella se los comería. Pero una nueva preocupación vino a turbar al Principito: podía comerse

también la rosa, a pesar de las espinas... Para el piloto la única preocupación era arreglar cuanto antes la avería de su avión.

El Principito expuso al aviador sus inquietudes:

—¿Para qué sirven las espinas?

Yo estaba cabreado con el tornillo y le respondí una tontería:

—Las espinas no sirven para nada. Son expresión de la maldad de las flores.

—¡No me digas!

Guardó silencio y luego me espetó con cierto rencor:

—No te puedo creer. Las flores son frágiles, inocentes. Se defienden como pueden. Se creen invencibles gracias a sus espinas.

No le contesté. En ese momento me estaba diciendo: «Si este tornillo se sigue resistiendo lo haré saltar a martillazos». El Principito interrumpió una vez más mis pensamientos:

—Crees que las flores...

—¡No, hombre, no! Yo no creo nada. Te he dicho lo primero que se me ha pasado por la cabeza. Solo me ocupo de cosas importantes.

Me miró desconcertado:

—De cosas importantes...

Me veía con un martillo en la mano, los dedos pringados de grasa, inclinado sobre un cacharro que le parecía horrible...

—Hablas como una persona mayor.

Me sentí un poco avergonzado (...).

Se puso colorado y añadió:

—Cuando alguien quiere a una flor de la que no existe más que un ejemplar en millones y millones de estrellas, le basta mirar al cielo para sentirse feliz. Se dice a sí mismo: «Mi flor está allí, por ahí arriba». Si una oveja se come esa flor, para él, es como si de pronto se apagarán todas las estrellas. ¡Y eso no te importa!

No pudo seguir hablando. Estalló bruscamente en sollozos (...). Lo cogí en brazos. Lo achuché. Le dije: «La flor que tú quieres no está en peligro... Voy a dibujar un bozal para tu oveja, una protección para tu flor». No sabía cómo consolarlo, ni tranquilizarlo... ¡Es tan desconcertante el mundo de las lágrimas!

EL DESCONCERTANTE MUNDO DE LAS LÁGRIMAS

Los hombres no siempre estamos de acuerdo en lo que juzgamos como una cosa seria e importante. Para el aviador lo verdaderamente urgente y esencial era arreglar la avería de su avión; para el Principito la vida de su rosa.

Mientras el Principito permanecía ensimismado en sus reflexiones, el aviador, manchado de grasa, sudando a raudales, estaba empeñado en desatornillar un tornillo evidentemente oxidado. Estaban físicamente muy cerca, pero en realidad en galaxias muy distintas.

En esos momentos, el uno habitaba en el planeta de los adultos. El otro en el

de los niños. El conflicto era probablemente inevitable.

El comportamiento del aviador es típicamente masculino. Centrado en lo que tenía entre manos no era capaz de percibir nada más del mundo circundante. Su único objetivo en ese momento, lo único verdaderamente serio e importante, era arreglar el motor, antes de que se agotara la provisión de agua potable. Encerrado en su mundo era incapaz de percibir la angustia que atenazaba el corazón del Principito. Por unas horas nuestro piloto actuaba como un adulto y no como un niño. Verdaderamente se había convertido en una seta.

Al Principito le tenían sin cuidado el avión y el agua. Lo único que verdaderamente le preocupaba era su rosa, una flor que podía ser víctima de la voracidad de una oveja que no temía pincharse con sus espinas. Si eso ocurriera todo su universo se vendría abajo y las estrellas se apagarían de golpe. Si eso ocurriera se sentiría el ser más infeliz y desgraciado del mundo.

El diálogo entre el Principito y el aviador era inviable. Hablaban el mismo idioma, pero para cada uno las palabras tenían un contenido semántico distinto. El chaval resumió con precisión la situación: «Hablas como una persona mayor», y así no hay forma de entenderse.

Este diálogo imposible recuerda a algunos de los que aparecen en el evangelio de san Juan. Mientras la samaritana habla del agua que apaga la sed, Jesús lo hace de la que sacia el corazón (Jn 4,7-15); mientras los discípulos hablan de un alimento que quita el hambre, Jesús se refiere al sustento que da sentido a la vida (Jn 4,31-34); mientras Marta habla de la muerte, Jesús habla de la fe que da vida eterna (Jn 11,24-27); mientras Nicodemo habla del nacimiento del vientre materno, Jesús habla del que se hace del agua y del Espíritu...

Mientras el Principito hablaba con el aviador, un dolor profundo le iba invadiendo. Se sentía realmente incomprendido. La congoja que le atenazaba el corazón acabó manifestándose en cálidas y abundantes lágrimas que rodaron por sus mejillas. Su impotencia le hizo sollozar convulsamente.

Lo que no habían conseguido las palabras lo lograron las lágrimas. El piloto se sintió ridículo y desarmado. Tiró las herramientas y abandonando definitivamente el mundo de los adultos, abrazó al Principito. Desde ese momento lo único importante era consolar, achuchar, a un chaval desvalido y salvar a una flor... Verdaderamente eran dos niños fundidos por un mismo dolor y una única preocupación.

UN PRÍNCIPE ENAMORADO

DESCUBRIR EL AMOR

Llegó, procedente de Barcelona, a pasar unos días con su familia a casa de uno de mis mejores amigos. Allí la conocí una tarde que preanunciaba la primavera. Se llamaba Ana y, aunque era hija de emigrantes, se sentía más catalana que la Moreneta. Era alta, delgada, esbelta, con cabellos negros y ojos brillantes. Hablaba un castellano con un acento duro, que dañaba los tímpanos, pero que a mí me sonaba como una fuentecilla de la Alhambra.

Me gustó desde que la vi. Su presencia me atraía y me turbaba. Deseaba y temía quedarme a solas con ella. A veces me sorprendía con un temblor en las piernas y un tartamudeo en los labios que no podía reprimir. Me hacía experimentar sensaciones nuevas que no sabía nombrar. A su lado aprendí a conjugar verbos hasta entonces desconocidos.

Ella se hacía la interesante. Alternativamente me ignoraba y reclamaba mi atención. Coqueteaba con los demás en mi presencia. Tiraba y soltaba el sedal sin que yo fuera consciente de sus maniobras. Me sabía en sus manos y jugaba conmigo haciéndome sufrir. Me hubiera gustado decirle que la quería, pero temía romper el hechizo de esos días.

Cuando se aproximaba la fecha de su marcha, me envolvió una angustiosa congoja y un deseo irreprimible de llorar. El día señalado la acompañé a la estación. Cuando el tren estaba a punto de partir me dio un beso y dijo: «Te quiero. He sido una idiota. Por mi culpa no te has enterado, pero te quiero...».

Me quedé desconcertado. Cuando quise reaccionar ya había subido a un vagón que empezaba a moverse. Era demasiado tarde. Había perdido el tren.

Cuando llegué a casa, busqué en el libro de Literatura un poema que habíamos comentado en clase. Lo leí una y otra vez con los ojos vidriados hasta aprendérmelo de memoria. Decía:

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Escribir, por ejemplo: «La noche está estrellada,
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos».
El viento de la noche gira en el cielo y canta.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.
En las noches como ésta, la tuve entre mis brazos.
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.

Ella me quiso, a veces yo también la quería.
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.

Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.
Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.
La noche está estrellada y ella no está conmigo.

Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.
Mi alma no se contenta con haberla perdido.
Como para acercarla mi mirada la busca.
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.

(PABLO NERUDA, *Veinte poemas de amor*)

A lo largo de mi vida he oído a infinidad de adolescentes contar historias semejantes a esta. Aunque conozco de sobra la melodía, las variaciones son infinitas. Me sobrecoge y emociona escuchar el relato de un primer amor. El del Principito no podía ser una excepción.

EL PRINCIPITO Y LA ROSA

El autor no precisa como llegó al asteroide B 612 una semilla de rosal. Lo cierto es que germinó y floreció lentamente. El Principito asistió sobrecoído al nacimiento de la rosa y se quedó prendado de su belleza.

*—Acabo de despertarme... Todavía estoy despeinada...
El Principito no pudo contener su admiración:
—¡Qué bonita eres!
—¿Tú crees? —respondió melosamente la flor—. He nacido con el sol...
Al principio no le pareció demasiado humilde, ¡pero era tan espectacular!
—Me parece que es la hora de desayunar —añadió enseguida—. ¿Serías tan amable de acordarte de mí?
El Principito, un tanto desconcertado, buscó una regadera con agua fresca y regó la flor.
La aparición de la rosa acabó con la dulce monotonía de la vida del Principito. La rosa era verdaderamente exigente y caprichosa.
En cierta ocasión, refiriéndose a sus cuatro espinas, le había dicho al Principito:*

-No me dan miedo las zarpas de los tigres.
-No hay tigres en mi planeta, y aunque los hubiera, los tigres no comen hierbas.
-No soy una hierba, le respondió ella con voz acariciadora.
-Perdón.
-No me dan miedo los tigres, pero me horrorizan las corrientes de aire. ¿No tendrías una mampara? (...).
-Cuando anochezca méteme dentro de una urna de cristal. Aquí hace mucho frío y hay pocas comodidades.

Sin darse cuenta el Principito se fue enamorando de la rosa. Entonces no supo poner nombre a lo que estaba viviendo. Solo cuando tomó distancias, pudo confesar:

-Nunca debí escucharla -me confió un día-, nunca se debe escuchar a las flores. Solo hay que contemplarlas y aspirar su perfume. El suyo inundaba mi planeta pero yo no era capaz de disfrutarlo. La historia de las zarpas, que tanto me fastidió, había ablandado mi corazón.
Luego añadió:
-Entonces no supe comprenderla. Debí juzgarla por sus hechos y no por sus palabras. Me perfumaba e iluminaba. ¡Nunca debería haberme marchado! Debí intuir la ternura oculta tras sus mentiras. ¡Las flores son tan contradictorias! Era demasiado joven para saber quererla.

HERIDO DE AMOR

En el planeta del Principito, la flora era más bien pobre. Aparte de los baobabs, existían unas flores muy elementales de corola simple y vida breve. Nacían en los prados al amanecer y morían con la puesta del sol.

Pero inesperadamente una planta desconocida brotó en el campo. El hecho sorprendió al Principito que siguió su desarrollo con suma atención por si se trataba de una nueva variedad de los peligrosos baobabs. Quizás si hubiese podido prever las complicaciones que, con el tiempo, le iba a ocasionar la hubiera arrancado de raíz...

La nueva especie llegó en forma de semilla. El autor del libro, que habitualmente tiene en cuenta a los lectores adultos, a los que les gusta la precisión y la seriedad en la información, parece haberlos olvidado: no da ningún dato de cómo llegó hasta allí aquella simiente.

Para subsanar esta laguna he hecho mis propias investigaciones. Dado que las semillas del rosal carecen de vilano, lo que les hubiera permitido ser llevadas por el viento, la única explicación científica posible es que viajara adherida a las

plumas, o en el interior del tracto digestivo de una de esas aves migratorias que periódicamente se instalaban en el planeta del Principito.

Una vez satisfecha la natural curiosidad de las personas mayores, podemos acercarnos a la historia de amor que vivió el Principito. El encuentro con aquella rosa le dejó para siempre herido de amor. Eso es lo verdaderamente interesante para los que amamos la vida.

La semilla caída en tierra germinó, creció poco a poco y se preparó largamente hasta que alegró el planeta con su primera y única rosa. La flor se hizo esperar preparando cuidadosamente su puesta en escena: nació con el primer rayo de sol.

Desde el primer momento, la rosa se reveló como presumida, coqueta, mentirosa, caprichosa, egocéntrica. Le gustaba llamar la atención y tener a los demás pendiente de sus antojos. Se sabía espléndida en su belleza y segura en su atractivo. Hablaba constantemente, hasta convertirse en el centro de la conversación, y era tan orgullosa que nunca se permitía llorar en público.

Con un carácter así, cabía esperar que su presencia despertara más bien la antipatía y el rechazo de los demás. No era, en el sentido etimológico de la palabra, un ser amable, es decir, digno de ser amado.

Y sin embargo, por paradójico que parezca, el Principito se sintió atraído por su belleza y seducido por su personalidad. Aquella flor, que había elegido para nacer el momento de la salida del sol, le robó el corazón dejándole herido de amor.

Como la experiencia era radicalmente nueva, el Principito no acertaba a ponerle nombre a lo que le estaba ocurriendo. Se sentía desconcertado, turbado, atormentado. Era demasiado joven para darse cuenta de lo que le estaba pasando, y mucho menos para intuir la ternura que ocultaba la rosa tras un comportamiento tan desagradable. Tendrá que crecer mucho por dentro para poder decir: «Creo que he sido embrujado por una flor». De momento solo pudo darse cuenta de que su vida se estaba complicando, y que la única salida que se le ocurría era quitarse de en medio. «Tengo problemas con una flor», le confesará a la serpiente cuando aterrice en el desierto.

¿Qué es lo que hizo al Principito enamorarse de una flor tan desagradable? Probablemente que miraba a la rosa con el corazón dejando de lado lo que se ve solo con los ojos. Cuando el zorro le revele su secreto podrá poner nombre a su experiencia.

Mirar con el corazón permite superar las apariencias y descubrir el pozo escondido que todo desierto oculta en sus entrañas y que le da ese centelleo especial que brilla en el silencio. Es la mirada del amor puro y gratuito.

Mirando así a Israel, un pueblo de dura cerviz, Dios pudo descubrir en ella un brote del campo capaz de crecer y dar fruto:

Jerusalén,
eres cananea de casta y cuna.
Tu padre era amorreo
y tu madre era hitita.
Fue así tu alumbramiento:
el día que naciste
no te cortaron el ombligo,
no te bañaron ni frotaron con sal,
ni te envolvieron en pañales.
Nadie se apiadó de ti
haciéndote uno de esos menesteres
por compasión,
sino que te arrojaron
a campo abierto
como un ser despreciable, el día que naciste.
Pasando yo por tu lado, te vi
chapoteando en tu sangre,
y te dije mientas yacías
en tu sangre:
Sigue viviendo
y crece como brote campestre (Ez 16,1-6).

Para evitar que Israel, o la rosa, se crea escogida por méritos propios, la Palabra le recuerda:

Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió, no fue por ser vosotros más numerosos que los demás, porque sois el pueblo más pequeño, sino que por puro amor vuestro os sacó de Egipto con mano fuerte y os rescató de la esclavitud, del dominio del faraón, rey de Egipto (Dt 7,7-8).

La mirada del corazón y el amor puro lleva al Principito, como a Dios, a aceptar a la rosa como es. Sin quejarse de sus defectos, sin menospreciar sus limitaciones, sin compararla con las demás, sin pretender hacerla a su imagen y semejanza, sin anular su personalidad. La quiere desinteresada y apasionadamente. Si hubiera esperado para amarla a que fuera como a él le gustara que fuese en realidad, se hubiera estado amando a sí mismo en ella.

El Principito ama a la rosa poniéndose incondicionalmente de su parte. Asume sus flaquezas y limitaciones y colabora con ella en superarlas. La disculpa sin límites, la perdona sin límites, confía en ella sin límites, espera en ella sin límites.

El Principito, regando su flor con agua fresca, resguardándola del viento con

una mampara, protegiéndola del frío con una urna de cristal, preocupándose de que la ovejita lleve siempre un bozal, matándole las orugas, le estaba diciendo sin palabras que para él amar era darse sin medida, verse sin reserva, entregarse sin límites. Y esto siempre, sin pausas ni descanso, sin depender del estado de humor, sin querer recuperar parcelas de la entrega inicial.

Amándola así a su rosa, entregándose sin buscar nada a cambio, el Principito pretendía hacerla feliz y encontraba en esa donación sin restricciones su propia felicidad. La gratitud perforaba su amor y lo ponía de manifiesto.

Cuando la lejanía le permitiera poner nombre a su experiencia podrá decir a las rosas del jardín: «Sois hermosas, pero sin sustancia. En realidad no sois nada. Nadie daría la vida por vosotras. Nadie os ha embrujado ni habéis embrujado a nadie. Ella es para mí más importante que todas vosotras juntas, porque la he regado, la he protegido con una mampara... Ella es mi rosa».

La vida del Principito cambió después de enamorarse. Se sentía responsable de su rosa y todo era hermoso gracias a su recuerdo. «Las estrellas son hermosas gracias a una flor que no se ve», le confesará al aviador en el desierto, y también: «Si quieres a una flor que está en una estrella es maravilloso contemplar el cielo por las noches. Todas las estrellas están en flor». Por ella estará dispuesto a aceptar la muerte y se dejará morder por la serpiente. Tenía razón el zorro: «El tiempo que has perdido con tu rosa es lo que la ha hecho tan especial». Decididamente el chaval había sido embrujado por una flor. El descubrimiento le produjo desconcierto y miedo. Abrumado por el hallazgo optó por poner prudentemente tierra de por medio...

La rosa nunca había expuesto sus sentimientos al pequeño príncipe. Era demasiado coqueta y orgullosa para mostrarse vulnerable. Solo cuando le vio alejarse, y ya sin testigos, pudo dar rienda suelta a sus lágrimas. Quizás hubiera podido cantar:

Sin ti no soy nada.
Una gota de lluvia mojando mi cara.
Mi mundo es pequeño, y mi corazón pedacitos de hielo.
Solía pensar que el amor no es real.
Una ilusión que siempre se acaba.
Y ahora sin ti no soy nada.

Sin ti niña mala.
Sin ti niña triste
que abraza su almohada
tirada en la cama,
mirando la tele y no viendo nada.

Amar por amar y romper a llorar
en lo más cierto y profundo del alma.
Sin ti no soy nada.

Los días que pasan.
Las luces del alba.
Mi alma, mi cuerpo, mi voz no sirven de nada.
Porque yo sin ti no soy nada.
Sin ti no soy nada.
Sin ti no soy nada.

Me siento tan rara.
Las noches de juerga se vuelven amargas.
Me río sin ganas con una sonrisa pintada en la cara.
Soy solo un actor que olvidó su guión.
Al fin y al cabo son solo palabras que no dicen nada.

Los días que pasan.
Las luces del alba.
Mi alma, mi cuerpo, mi voz no sirven de nada.
Qué no daría yo por tener tu mirada.
Por ser como siempre los dos
mientras todo cambia.
Porque yo sin ti no soy nada.
Sin ti no soy nada.
Sin ti no soy nada.

(E. AMARAL, *Sin ti no soy nada*)

La ausencia del Principito le permite tomar conciencia de lo que es: una simple y frágil rosa, fácil presa de orugas y corrientes. Se da cuenta de que su mundo es pequeño y su corazón de hielo. Ha sido el amor de un príncipe lo que le ha permitido valorarse como persona, descubrir el amor y dar sentido a los días que pasan y al alborear de una nueva jornada. Sin la mirada del que la ama se siente que no vale nada: «Yo sin ti no soy nada, sin ti no soy nada...».

EL UNIVERSO DE LAS PERSONAS MAYORES

HACER UN VIAJE

Hasta los nueve años, ni yo ni ninguno de mis compañeros de clase habíamos salido de los límites de la provincia de Cádiz. Eran tiempos recios, de sueldos bajos y austeridad posbélica, en los que casi nadie se podía permitir la alegría de hacer un viaje.

Pero mira por dónde, una hermana de mi madre ingresó en el noviciado de las religiosas de la Compañía de María, que por aquellos años estaba en San Sebastián. La primera profesión se fijó para el 2 de febrero de 1954. Mi abuelo decidió que toda la familia debía estar presente en el evento. Fletó un autobús – el «arca de Noé», le llamamos entre los primos–, y metió en él a mis seis tíos con todos sus hijos y las correspondientes tatas, con sus delantales blancos y bien almidonados, sin las que, por aquel entonces, era impensable salir de casa.

Los preparativos para un viaje así, que suponía cruzar toda la Península, duraron semanas. Un día mi madre anunció: «Hay que equipar a los niños para los fríos», como si en vez de ir al País Vasco nos fuéramos al Himalaya. La frase se concretó en varias temibles e interminables tardes de compras. En una voluminosa maleta fue introduciendo pantalones de pana, pijamas de franela, verdugos, bufandas, camisetas enguatadas... para defendernos adecuadamente de las bajas temperaturas. Nunca jamás pudimos volver a utilizar aquellas prendas en los suaves inviernos del Sur.

Recuerdo los nervios que nos iban invadiendo conforme se acercaba la fecha prevista, y la envidia que despertaba entre mis compañeros de clase, lo que no dejaba de ser algo poco común.

Tengo en la memoria jirones nebulosos de aquellos días, normalmente ligados a ciudades concretas: el paseo en el cochecito leré, los barquillos crujientes y la Cibeles cubierta de hielo, en Madrid; el color del Ebro embravecido y la basílica del Pilar en Zaragoza; los caramelos «dos cafeteras» y el tacto de la nieve en Pamplona; el convento del Alto de San Bartolomé, el *acuarium* y el romper de las olas en San Sebastián... Lo que nunca he olvidado es todo lo que suponía

hacer un viaje.

Hacer un viaje es, casi siempre, una experiencia interesante y enriquecedora. Supone dejar atrás, aunque solo sea por unos días, un terreno conocido para abrirse a la novedad de algo distinto. Al decir adiós al paisaje donde habitualmente nos desenvolvemos, preparamos el corazón para acoger con un hola al mundo nuevo que nos espera.

Viajar en avión, aunque evidentemente es más rápido y cómodo, tiene el inconveniente de que apenas deja margen para vaciar el corazón. El tren o el coche nos permiten ir rompiendo poco a poco ataduras y dejarse sorprender por la transformación progresiva de la geografía, la arquitectura, las gentes y el paisaje.

Probablemente fue por estos motivos por los que el Principito se fue despidiendo poco a poco del universo en que había vivido. Deshollinando minuciosamente los volcanes (incluso el apagado porque nunca se sabe), arrancando con cierta tristeza los brotes de baobabs, regando por última vez su rosa, fue preparando el corazón para abrirse al mundo nuevo que iba a explorar.

Posiblemente cuando partió de su planeta no era muy consciente de que estaba huyendo de su rosa. Solo más tarde, con la perspectiva que da la distancia, pudo poner nombre a su situación y confiarle a la serpiente: «Tengo problemas con una flor». Las intenciones confesadas eran otras: hacer amigos, encontrar trabajo, aprender cosas nuevas. En su periplo interplanetario solo cumplió parcialmente sus objetivos, pero se dio cuenta de que una rosa le había embrujado el corazón.

LA NOSTALGIA DEL ADIÓS

El día en que el Principito se marchó, madrugó para deshollar los volcanes, arrancar los brotes de baobabs y regar el rosal. Realizados sus habituales quehaceres fue a despedirse de la rosa:

–Adiós –dijo a la flor.

La flor no contestó.

–Adiós –repitió.

La flor carraspeó, pero no por culpa del resfriado.

–He sido una idiota –confesó por fin–. Perdóname. Intenta ser feliz.

Le sorprendió la ausencia de reproches. Se quedó desconcertado, con la urna en la mano. No comprendía su falta de agresividad.

–Te quiero –le dijo la flor–. Por mi culpa no te has enterado. No tiene importancia, pero has sido tan tonto como yo. Procura ser feliz (...).
–Vete ya. Me resultas incómodo. Has decidido marcharte, pues lárgate.
No quería que la viera llorar. Era una flor tan orgullosa...

VOLAR HACIA EL UNIVERSO DE ADULTOS

Aunque, poco antes de partir, la rosa le había confesado su amor, el Principito no cambió su decisión. Emocionado y preso de la nostalgia inició su viaje.

El Principito abandonó su pequeño planeta –con mucha probabilidad el asteroide B 612, descubierto en 1909 por un astrónomo turco, pero no registrado internacionalmente hasta el Congreso Mundial de Astronomía de 1920– aprovechando el vuelo de unas aves migratorias. (Si he facilitado estas precisiones es por las personas mayores a las que les encantan estas cosas. A los que aman la vida posiblemente les parecerán superfluas.)

Me gusta imaginármelo atravesando los cielos, cabalgando sobre un cisne blanco, con los rubios cabellos agitados por el viento, la bufanda al aire, los ojos muy abiertos, un gozo irresistible en el corazón y mil preguntas no formuladas en los labios.

Sugiero al lector que se suba a lomos de otro cisne y le acompañe en su periplo. Si vuela, como el Principito, con el deseo de conocer cosas nuevas, sobre todo sobre sí mismo, puede resultar un viaje muy interesante. Quizás descubra que se ha convertido en un adulto razonable, volcado en sus pequeños asuntos (muy importantes, por cierto), esclavo de mil rutinas, deseoso de ser admirado por los demás, víctima de un consumismo compulsivo, teórico redomado alejado de la vida..., es decir, en alguien que ha matado al niño que había en su corazón y, con él, la poesía, la capacidad de asombro, el deseo de saber... El descubrimiento puede ser doloroso pero liberador: desenmascarando al hombre mayor en que uno se ha convertido, podrá iniciar el proceso de recuperar al niño que fue, y así ser de aquellos a los que se les revela y acoge el Evangelio.

Las condiciones atmosféricas son favorables. Las aves migratorias están a punto de emprender el vuelo. Basta subirse a un cisne y dejarse llevar. No hay ni que esperar a que un guardagujas dé la salida. La primera escala será un planeta habitado por un rey.

PRIMERA ESCALA: EL PLANETA DEL REY

El primer planeta que el Principito visitó estaba habitado por un rey.

El rey, vestido de púrpura y armiño, estaba sentado en un trono sencillo pero majestuoso.

–¡Un súbdito! –dijo el rey cuando vio al Principito– (...).

–Acércate para que te vea mejor –le dijo el monarca que se sentía orgulloso de ser por primera vez rey de alguien.

El Principito buscó con la mirada donde sentarse, pero todo el planeta estaba ocupado por el lujoso manto de armiño. Permaneció de pie y, como estaba muy cansado, bostezó.

–El protocolo prohíbe bostezar delante de un rey –le dijo el monarca–. Te lo prohíbo.

–No puedo –respondió avergonzado el Principito–. He hecho un largo viaje y no he dormido...

–Entonces –le dijo el rey–, te ordeno bostezar. Hace años que no he visto hacerlo a nadie. Los bostezos son una cosa curiosa para mí. ¡Vamos, bosteza otra vez! Es una orden.

–Me he quedado bloqueado..., no puedo... –dijo el Principito poniéndose colorado–.

–Bueno, vale –respondió el rey–. Entonces te... te ordeno bostezar o no bos...

El rey exigía que su autoridad fuera respetada, pero como era inteligente solo mandaba cosas razonables. Así evitaba la enojosa situación que crearía la desobediencia de alguno de sus potenciales súbditos. El Principito se interesó por el reino:

–Majestad –le dijo–, os pido perdón por atreverme a haceros una pregunta.

–Te ordeno hacérmela –se apresuró a decir el rey.

–Majestad, ¿sobre qué reináis?

–Sobre todo –respondió el rey con gran naturalidad.

–¿Sobre todo?

El rey, discretamente, señaló con un gesto su planeta, los otros planetas y las estrellas.

–¿Sobre todo eso? –dijo el Principito.

–Sobre todo eso –respondió el rey.

El Principito se sintió encandilado por un poder tan universal. Si él lo hubiera detentado lo hubiera empleado para ver doscientas puestas de sol en un solo día sin tener que mover la silla... Todo lo demás no le atraía en absoluto, así que hizo sus preparativos y para no molestar al rey le dijo:

–Si Vuestra Majestad desea ser obedecido a pie juntillas podría darme una orden sensata. Por ejemplo, podría mandarme irme antes de un minuto. Me parece que las condiciones atmosféricas son favorables...

Como el rey no dijo absolutamente nada, el Principito vaciló un momento. Luego, dando un suspiro, partió.

–Te nombro embajador –se apresuró a gritar el rey en ese momento.

Tenía un tono de gran autoridad.

«Las personas mayores son muy raras», se dijo el Principito durante el viaje.

EL UNIVERSO DEL REY

En el primer planeta en que hizo escala vivía un rey. El Principito conoció por primera vez en su vida a un adulto. Cuando reemprenda su viaje se dirá a sí mismo: «Las personas mayores son muy raras».

El rey, aunque era bueno, cariñoso y razonable, no dejaba de ser un monarca absoluto. Inevitablemente veía a los demás como subordinados, como súbditos sometidos siempre a sus deseos. Alzándose sobre los otros pretendía ser la guinda de todas las tartas.

Caminaba majestuosamente, con cercana altanería, intentando imponer siempre su voluntad, exigiendo que su autoridad fuera respetada, y no tolerando ninguna desobediencia. Hasta su forma de vestir –su túnica de púrpura y su manto de armiño– marcaba su distancia de los otros, y eso que reinaba desde un trono sencillo pero al par majestuoso.

Su forma de estar en la vida le hacía ocupar todo el espacio psicológico existente, no dejando apenas lugar para los demás. Los otros, inevitablemente debían permanecer de pie, sintiéndose en su presencia un tanto incómodos, inferiores o amablemente sumisos.

El rey, incluso sin palabras, buscaba la sumisión, el respeto y la obediencia. Normalmente lo hacía con un cierto talante democrático, e incluso afectivo, haciendo más difícil la desobediencia o la insumisión. Acababa imponiendo su voluntad, sus proyectos, o sus deseos con tal habilidad que los demás, creyendo hacer lo que deseaban, los cumplían fielmente.

Los que, como el Principito, quieren vivir como un niño, se inspiran en otro modelo:

Como muy bien sabéis, quienes son considerados como gobernantes someten a los demás a su dominio y les hacen sentir su autoridad. Pero entre vosotros no debe ser así. Antes bien, si alguno de vosotros quiere ser grande, deberá ponerse al servicio de los demás, y si alguno de vosotros quiere ser principal, deberá hacerse servidor de todos (Mc 10,42-44).

Si alguno quiere ser el más importante, téngase a sí mismo por el más insignificante y póngase al servicio de los demás (Mc 9,35).

El más importante de vosotros debe ser como el más pequeño, y el que dirige debe ser como el

que sirve. ¿Quién es más importante, el que se sienta a la mesa o el que la sirve? ¿No es, acaso, el que se sienta a la mesa? Sin embargo, yo estoy entre vosotros como el que sirve (Lc 22,26-27).

SEGUNDA ESCALA: EL PLANETA DEL VANIDOSO

En el segundo planeta visitado vivía un vanidoso. Tenía la habilidad de ver en toda persona un posible admirador.

–Vaya, llega un admirador –exclamó el vanidoso en cuanto vio de lejos al Principito. Porque, para los vanidosos, los demás son siempre admiradores.

–Buenos días –dijo el Principito–. ¡Llevas un sombrero muy gracioso!

–Es para saludar –respondió el vanidoso–, para saludar cuando me aplauden. Desgraciadamente por aquí no pasa nadie.

–¿Ah, sí? –dijo el Principito sin entender nada.

–Toca las palmas –pidió el vanidoso.

Al principio, como a los niños, le gustó repetir el juego durante un buen rato. Cuando se cansó preguntó:

–¿Qué hay que hacer para que se caiga el sombrero? –preguntó.

El vanidoso no le escuchó. Los vanidosos no oyen más que las alabanzas.

–Me admiras mucho ¿verdad? –le preguntó al Principito.

–¿Qué significa admirar?

–Admirar significa reconocer que soy el hombre más guapo, el más elegante, el más rico, el más inteligente del planeta.

–¡Pero si eres el único habitante del planeta!

–Por favor ¡admírame!

–Te admiro –dijo el Principito encogiéndose de hombros–, pero ¿por qué quieres que te admire?

El encuentro con el vanidoso dejó al Principito desconcertado: evidentemente era imposible ser amigo de una persona así. Partió diciéndose: «Las personas mayores son decididamente muy extrañas».

EL UNIVERSO DEL VANIDOSO

En el segundo planeta vivía un vanidoso. El Principito le encontró inicialmente divertido, pero al partir se dijo: «Las personas mayores son decididamente muy extrañas».

El vanidoso vivía encerrado en su estrecho mundo procurando despertar la admiración de todos. Solo deseaba ser reconocido como el más guapo, el más inteligente, el más interesante o el más torero. Incluso buscaba la distinción en sus amigos o la belleza en sus acompañantes para suscitar la estima de los demás.

Al ver en toda persona que se acercaba a su vida a un simple admirador al que deslumbrar, se condenaba a vivir solo, aunque estuviera rodeado de gentes con las que era incapaz de establecer una relación de amistad.

Con su conducta procuraba buscar el aplauso, aunque fuese condescendiente, de los demás. Esto le hacía hincharse como un pavo real, desplegando aparatosamente su cola de plumas, sin darse cuenta de que estaba poniendo en evidencia su propio trasero. Correspondía a las aclamaciones de los demás con modesto agradecimiento, que era otra forma solapada de vanidad.

Sensible a todo halago, viniera de donde viniera, hacía oídos sordos a toda crítica. Sintiendo casi perfecto, difícilmente podía tolerar la censura de los demás, considerados más o menos inconscientemente como meros admiradores.

Esclavo de su propia vanidad, vivía en un universo imaginario en el que difícilmente cabían los demás. Eso de andar en la verdad de sí mismo no se le pasaba por la cabeza.

Los que, como el Principito, quieren vivir como un niño, se inspiran en otro modelo:

Os exhorto a que llevéis una vida en consonancia con vuestro llamamiento: sed humildes, amables, comprensivos. Soportaos unos a otros con amor (Ef 4,1-2).

Todo el que pretende ser superior a los demás, será humillado; pero el que a sí mismo se humille, ese será ensalzado (Lc 14,11).

Poned mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón (Mt 11,29).

No ambicionéis grandezas, antes bien poneos al nivel de los humildes. Y no presumáis de suficiencia (Rom 12,16).

Que la sencillez presida vuestras mutuas relaciones pues Dios hace frente a los orgullosos y concede, en cambio, su gracia a los humildes (1 Pe 5,5).

TERCERA ESCALA: EL PLANETA DEL BEBEDOR

En el tercer planeta el Principito encontró a un bebedor. Su beber compulsivo hacía imposible establecer con él una relación de amistad. Estuvo poco tiempo en aquel lugar. Huyó de allí sumido en una profunda tristeza.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó al bebedor al que encontró sentado, en silencio, ante una hilera de botellas vacías y ante otra de botellas llenas.

–Bebiendo –respondió el bebedor con tono lúgubre.

–¿Por qué bebes? –le preguntó el Principito.

–Para olvidar –contestó el bebedor.

–¿Para olvidar el qué? –le interrogó el Principito que había empezado a sentir pena por él.

–Para olvidar que siento vergüenza –respondió el bebedor bajando la mirada.

–¿Vergüenza de qué? –dijo el Principito intentando ayudarlo.

–Vergüenza de beber –remachó el bebedor refugiándose definitivamente en el silencio.

El Principito se fue desconcertado.

«Las personas mayores decididamente son muy, pero que muy extrañas».

EL UNIVERSO DEL BEBEDOR

En el tercer planeta vivía un bebedor. Al Principito su estilo de vida le inspiró cierta lástima, pero cuando le conoció mejor acabó concluyendo: «Las personas mayores son decididamente muy, pero que muy extrañas».

El bebedor era un consumidor incansable. En realidad era solo una gran boca devoradora y un gran ano que ensuciaba la naturaleza con sus desechos. Cabría pensar que carecía de intestinos, por lo que era incapaz de asimilar nada de lo que ingería.

Su apetito insaciable no lo acallaba el continuo consumo. Como si una tenia gigante ocupara todo su tracto digestivo, tragaba todo –personas, encuentros, alimentos...– sin interiorizar nada. Más bien al contrario, el consumo incontrolado y compulsivo le producía un apetito voraz, reiniciando así el ciclo constantemente.

Su conducta le sumía en una profunda vergüenza que pretendía olvidar consumiendo más. Su comportamiento evidenciaba un vacío interior incapaz de ser llenado por cosas. Había en él un hambre y sed de sentido del que huía refugiándose en una solitaria hosca.

Una solitaria que se traducía en el alejamiento interior de los demás: estando a su lado se sentía profundamente solo, por eso se sumergía en un silencio total. Vivía en su planeta en el cual él era un objeto más, como sus

colecciones de botellas llenas y vacías, y en el que los otros se sentían extraños y extranjeros.

El bebedor, encerrado en su torre de marfil, preocupado solo por su propio problema, incapaz de atender a su visitante, enclaustrado en una incomunicación profunda, hizo que la visita del Principito fuera muy breve, y le dejara perplejo y entristecido.

Los que, como el Principito, quieren vivir como un niño se inspiran en otro modelo:

Todo el que bebe de esta agua volverá a tener sed; en cambio, el que beba del agua que yo quiero darle, nunca más tendrá sed. Porque el agua que yo quiero darle se convertirá en su interior en un manantial capaz de dar vida eterna (Jn 4,14).

Sed sobrios y vigilantes. Vuestro enemigo el diablo ronda como león rugiente buscando a quien devorar (1 Pe 5,8).

Es necesario que no estemos dormidos, como están otros; vigilemos y vivamos sobriamente (1 Tes 5,6).

CUARTA ESCALA: EL PLANETA DEL EMPRESARIO

En el cuarto planeta vivía un empresario. Estaba tan preocupado por sus negocios que era incapaz de ser amigo de nadie.

El hombre estaba tan ocupado que, cuando llegó el Principito, ni siquiera levantó la cabeza.

–Buenos días –le dijo–. Se te ha apagado el cigarrillo.

–Tres y dos son cinco. Cinco y siete, doce. Doce y tres, quince. Buenos días. Quince y siete, veintidós. Veintidós y seis, veintiocho. No tengo tiempo para volver a encenderlo. Veintiséis y cinco, treinta y uno. ¡Uf! En total hacen quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

–¿Quinientos millones de qué?

–¿Todavía estás ahí? Quinientos millones de... No lo sé... ¡Tengo tanto trabajo! Soy un hombre responsable. No me entretengo con tonterías. Dos y cinco, siete...

–¿Quinientos millones de qué? –repitió el Principito, que nunca en su vida había renunciado a una pregunta una vez formulada.

El empresario levantó la cabeza.

–En los cincuenta y cuatro años que llevo viviendo en este planeta solo he sido molestado tres veces. La primera, hace veintidós años, por un abejorro que vino Dios sabe de dónde. Hizo un ruido tan horroroso que me equivoqué cuatro veces en una suma. La segunda fue hace once años por culpa de un ataque de reuma. Me hace falta hacer ejercicio, pero no puedo perder el tiempo. Soy un hombre responsable. La tercera vez... ¡es esta! Iba por quinientos un millones...

–¿Millones de qué?

El Principito no cesó hasta conseguir saber que ese número, que con tanto rigor y precisión se empeñaba en fijar el empresario, eran de estrellas. La preocupación del empresario era poseerlas para así ser más rico y poder comprar otras estrellas. El Principito, desconcertado, prosiguió el diálogo:

–Yo tengo una bufanda. Me la puedo poner al cuello y llevarla. También tengo una flor. Puedo cortarla y llevármela. Tú, sin embargo, no puedes coger las estrellas.

–Desde luego, pero puedo depositarlas en un banco.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Quiero decir que puedo anotar en un papel el número de mis estrellas. Luego guardo el documento en un cajón bajo llave.

–¿Eso es todo?

–Es bastante.

«¡Qué divertido! –pensó el Principito–. Es bastante poético, pero muy poco serio».

El Principito tenía ideas muy distintas de las de los adultos sobre lo que era algo serio. Dijo:

–Yo tengo una flor que riego todos los días. Tengo tres volcanes que deshollino todas las semanas, ya que limpio también el apagado. Nunca se sabe. Le viene bien a mis volcanes y a mi flor que sean mías. A las estrellas no le sirve para nada...

El empresario abrió la boca, pero se quedó sin palabras. El Principito se marchó.

Mientras volaba hacia el siguiente planeta, el Principito se dijo para sus adentros: «Decididamente las personas mayores son muy, pero que muy raras».

EL UNIVERSO DEL EMPRESARIO

En el cuarto planeta vivía –mejor, trabajaba– un empresario enfrascado en sus propios negocios. Ni siquiera se dio cuenta de la llegada del Principito. Cuando se percató de su presencia lo consideró algo tan molesto como un abejorro o una crisis reumática... El juicio del visitante fue como en las otras escalas: «Decididamente las personas mayores son muy, pero que muy raras».

El empresario era un perfecto adicto al trabajo. Trabajaba constantemente para poder seguir trabajando y así llenar su vacío interior. Se justificaba diciendo que lo hacía por el bien de su familia, el progreso del país o la supervivencia de la empresa, pero en realidad solo le interesaba su propio prestigio y el aumento de su fortuna.

Realizaba su trabajo con seriedad, precisión y eficacia. Todo lo anotaba en su agenda para no olvidar nada. Su dedicación plena le impedía disponer de tiempo

libre para divertirse, hacer deporte, descansar, estar con la familia... Se creía un mártir cuando en el fondo solo buscaba inconscientemente acallar las verdaderas preguntas que le corroían por dentro.

Centrado en sus propios intereses era incapaz de percibir la presencia de los demás y mucho menos de descubrir sus necesidades. Al fin y al cabo, todo, incluso las personas, lo reducía a cosas que se podían expresar en cifras.

Su desvivir solo tenía un sentido: tener. Como tantos, pretendía ahogar sus carencias en el ser, acumulando riquezas. Estas le producían una falsa seguridad ya que creía que con ellas podía comprar todo, incluso las estrellas, aunque luego no era capaz de disfrutar de sus pertenencias: se limitaba a registrarlas y guardar el dato bajo llave en un cajón.

De él dirá un año más tarde el Principito: «Para mi empresario las estrellas eran oro», y lo describirá diciendo: «Conozco un planeta donde vive un señor coloradote. Nunca ha oído una flor. Nunca ha contemplado una estrella. Nunca ha querido a nadie. No ha hecho en su vida más que calcular. En realidad no es un hombre, sino una seta».

Los que, como el Principito, quieren vivir como un niño se inspiran en otro modelo:

Felices los que eligen ser pobres, porque esos tienen a Dios por Rey. Felices los no-violentos porque esos van a poseer la tierra (Mt 5,3-5).

Si quieres ser perfecto, vende todo lo que posees y reparte el producto entre los pobres (Mt 19,21).

Mirad de no caer en la avaricia, porque la vida del hombre no depende de la abundancia de las cosas (Lc 12,15).

Vended vuestros bienes y repartid el producto a los necesitados. Hacedos así un capital que no se deteriora, riquezas inagotables en el cielo, donde no hay ladrones que roban ni polilla que destruye. Pues donde tengáis vuestra riqueza, allí tendréis también el corazón (Lc 12,33-34).

Os aseguro que a los ricos les va a ser muy difícil entrar en el reino de Dios. Mirad lo que os digo: más fácil será para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de Dios (Mt 19,23-24).

Sé que vas pregonando: «Soy rico, tengo muchas riquezas y nada necesito». ¿No sabes que eres miserable, pobre, ciego y desnudo? (Ap 3,17).

QUINTA ESCALA: EL PLANETA DEL FAROLERO

En el quinto planeta vivía un farolero. El planeta era tan pequeño que solo cabía él y su farola. Aunque su trabajo era totalmente absurdo e inútil el Principito lo encontró hermoso y poético ya que para él, encender una farola en la noche, era como alumbrar una estrella o una flor.

Cuando llegó al planeta saludó respetuosamente al farolero:

–Buenos días. ¿Por qué acabas de apagar la farola?

–Es la consigna –respondió el farolero–. Buenos días.

–¿Cuál es la consigna?

–Encender la farola. Buenas noches.

Y volvió a encenderla.

–Y ahora, ¿por qué la enciendes?

–Es la consigna –respondió el farolero.

–No entiendo nada –dijo el Principito.

–No hay nada que entender –afirmó el farolero–. La consigna es la consigna. Buenos días.

Y apagó la farola. Luego se secó la frente con un pañuelo de cuadros rojos.

El farolero había recibido la consigna de encender la farola por la noche y apagarla al amanecer. Durante cierto tiempo resultó un trabajo razonable y descansado. Con el paso de los años el planeta fue girando cada vez más deprisa hasta llegar a dar una vuelta por minuto. Al no cambiar la consigna, el esfuerzo resultaba agotador. El Principito le sugirió una solución para poder compaginar fidelidad y descanso:

–Tu planeta es tan pequeño que puedes recorrerlo en tres zancadas. Basta que camines con bastante lentitud para estar siempre al sol. Cuando quieras descansar solo tienes que andar y el día durará lo que tú quieras.

–Así adelante poco –dijo el farolero–. Lo que más me gusta en la vida es dormir.

–¡Qué mala suerte! –contestó el Principito.

–Muy mala suerte –dijo el farolero–. Buenos días.

Y apagó la farola.

El Principito se sintió admirado por la fidelidad de aquel hombre. Al comprobar que, en contraste con los que anteriormente había conocido, no se ocupaba solo de sí mismo intuyó que podrían llegar a ser amigos. Desgraciadamente el planeta era tan pequeño que no cabían dos personas...

EL UNIVERSO DEL FAROLERO

El quinto planeta era el más pequeño de los que el Principito había visitado. En él vivía un farolero. El viajero captó la poesía que encerraba su misión. No entendió su labor, pero admiró su fidelidad. Fue con el único que podría haber establecido una relación de amistad porque era una persona que no vivía centrada en sí misma. Partió suspirando: «Es el único del que hubiera podido hacerme amigo, pero su planeta es tan pequeño que no hay espacio para dos...».

El farolero era un inmovilista que vivía atado al pasado. No era consciente de la evolución trepidante del mundo y de la vida, y seguía comportándose como siempre. Sin darse cuenta se había transformado en un fósil viviente, testigo vivo de un pasado que se fue.

Su fidelidad a toda prueba al pasado, la vivía como una profesión extenuante, sin tiempo para reponerse y descansar. No había tomado la precaución de estar atento a la evolución de la vida y por eso, permaneciendo fiel a la consigna recibida, su trabajo se había hecho agotador y sin márgenes para el descanso. Al no haber intentado comprender el porqué y el para qué de su labor, no había podido situarse en feliz y creativa continuidad con el pasado, intentando traducir al hoy el comportamiento de ayer. Lo único que deseaba era dormir, quizás como salida airosa a un presente que no entendía.

Su forma de vivir despertaba la comprensión y el respeto de los demás, no por lo que hacía, sino por la fidelidad inquebrantable que ponía de manifiesto. Su absurdo trabajo era hermoso por la gratuidad que encerraba y por la poesía que expresaba: su actividad encendía estrellas y dormía flores.

Los que, como el Principito, quieren vivir como un niño, se inspiran en otro modelo:

Nadie remienda un vestido viejo con una pieza de tela nueva, porque la tela nueva se encoge, tira de la vieja, y el roto se hace mayor. Tampoco echa nadie vino nuevo en odres viejos, porque el vino nuevo rompe los odres, y se pierden al mismo tiempo los odres y el vino. El vino nuevo hay que echarlo en odres nuevos (Mc 2,21-22).

Despojaos de la vieja y pecadora condición humana y convertíos en hombres nuevos, hombres que van renovándose sin cesar a imagen de su Creador, en busca de un conocimiento cada vez más profundo (Col 3,9-10).

No os amoldéis a los criterios de este mundo. Dejaos transformar; renovad vuestro interior de tal manera, que sepáis apreciar lo que Dios quiere, es decir, lo bueno, lo que es agradable, lo perfecto (Rom 12,2).

El cristiano es un hombre nuevo; lo viejo ha pasado, y una nueva realidad está presente (2 Cor 5,17).

Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Nada quedaba del primer cielo ni de la primera tierra; nada del antiguo mar. El que estaba sentado en el trono anunció: ahora voy a hacer nuevas todas las cosas (Ap 21,1.5).

SEXTA ESCALA: EL PLANETA DEL GEÓGRAFO

En el sexto planeta vivía un geógrafo que consignaba en gruesos volúmenes los descubrimientos de los demás.

*–¡Toma ya! ¡Un explorador! –exclamó cuando vio al Principito.
El Principito se dejó caer sobre la mesa resoplando. ¡Estaba tan cansado!
–¿De dónde vienes? –le dijo el señor mayor.
–¿De qué es ese libro tan gordo? –dijo el Principito–. ¿Qué estás haciendo?
–Soy geógrafo –contestó el señor mayor.
–¿Qué es un geógrafo?
–Es un sabio que sabe donde están los mares, los ríos, las ciudades, las montañas, los desiertos.
–¿Qué interesante! –dijo el Principito–. ¡Por fin un auténtico trabajo! Echó una mirada a su alrededor: nunca había visto un planeta tan imponente.
–Es muy bonito tu planeta. ¿Hay en él océanos?
–No puedo saberlo –respondió el geógrafo.
–¡Ya! –el Principito se quedó decepcionado–. ¿Y montañas?
–No puedo saberlo –dijo el geógrafo.
–¿Y ciudades, y ríos, y desiertos?
–No puedo saberlo en absoluto –dijo el geógrafo.
–Pero ¿tú no eres un geógrafo?
–Exactamente –dijo el geógrafo–, pero no un explorador. No tengo ni un explorador. Un geógrafo no debe hacer el cómputo de las ciudades, ríos, mares, océanos y desiertos. Un geógrafo es demasiado importante para estar viajando. No debe abandonar su despacho, para poder recibir allí a los exploradores, interrogarlos y tomar nota de sus observaciones. Y si los informes le parecen interesantes, el geógrafo manda hacer una investigación sobre la moralidad del explorador.
–¿Por qué?
–Porque un explorador que mintiera provocaría una hecatombe en los libros de geografía. También un explorador que bebiera más de la cuenta.
–¿Por qué? –preguntó el Principito.
–Porque como los borrachos ven doble, el geógrafo registraría dos montañas donde solamente hay una.
–Conozco a una persona –dijo el Principito– que sería un mal explorador...
–Posiblemente. Cuando parece correcta la moralidad de un explorador, se hace una investigación sobre su descubrimiento.
–¿Se va a verlo?
–No. Sería demasiado complicado. Solo se le pide que presente pruebas. Así, por ejemplo, si se trata del descubrimiento de una gran montaña, se le exige que traiga grandes piedras.*

Cuando el geógrafo se percató que el Principito venía de otro planeta, se dispuso a recabar información sobre el asteroide B 612. Entre las cosas que existían en su tierra enumeró su flor. El geógrafo desechó el dato por considerarlo una cosa efímera que no podía registrarse en un tratado de Geografía que, por definición, debe ser riguroso e inmutable. El Principito desconocía el significado de la palabra.

—¿Qué significa «efímera»? (...).

—Significa que está amenazada por una próxima desaparición.

—¿Mi flor está amenazada por una próxima desaparición?

—Por supuesto.

«Mi flor es efímera, se dijo el Principito, y solo tiene cuatro espinas para defenderse de todo. ¡La he dejado absolutamente sola en mi tierra!».

Ese fue su primer sentimiento de nostalgia, pero se superó.

El Principito abandonó el planeta preocupado por el futuro de su flor. Dudaba de si había sido una buena idea dejar sola a una rosa efímera e indefensa.

EL UNIVERSO DEL GEÓGRAFO

En el sexto planeta vivía un geógrafo, un señor mayor que dedicaba las horas muertas a escribir gruesos volúmenes. Habitaba en un planeta hermoso que no se había molestado en explorar personalmente, limitándose a registrar, provisionalmente a lápiz, y cuando se habían verificado los datos a tinta, las informaciones que otros le proporcionaban. Al Principito lo que le sacaba de sus casillas es que solo anotara cosas definitivas y echara en olvido todo lo que estaba, como su flor, amenazado por una próxima desaparición.

El geógrafo era un hombre que leía todo, lo estudiaba todo, lo investigaba todo, sin salir del ámbito confortable de su despacho. Aislado de la vida por los cristales de la distancia, no se dejaba afectar por los gozos y esperanzas, las ilusiones y dolores, los éxitos y fracasos de los demás. Sus conocimientos eran extensos, pero fosilizados; tenían el aire disecado de un gabinete de ciencias naturales, y no la viveza de un parque natural. Se limitaba a recoger, verificando previamente su fiabilidad, las experiencias de los otros, a anotarlas con precisión y a archivarlas con atención. Sabía todo lo imaginable sobre mares, ríos, pueblos, montañas y desiertos, pero nunca había disfrutado de una puesta de sol ni

regado una flor.

Actuaba racionalmente, congelando el corazón, para poder recabar de la vida una información seria y científica. Prefería, naturalmente, la seguridad que proporcionan los saberes teóricos, al riesgo y aventura de descubrir personalmente un nuevo horizonte o un nuevo mar. Era incapaz de cuidar, y mucho menos de amar, una planta: para él lo efímero era algo que carecía de interés.

Instalado en la seguridad de sus conocimientos, almacenando datos de lo que otros habían vivido, registrando solo cosas eternas, mataba el tiempo hasta que el tiempo acabara matándole a él y pusiera en evidencia que tenía un corazón apergaminado.

Los que, como el Principito, quieren vivir como un niño, son personas vitales que se mueven y experimentan personalmente las cosas:

Se fueron con él, vieron donde vivía y pasaron el resto de la tarde con él (Jn 1,39).

Leví se levantó y se fue con él (Mc 2,13).

Los llamó, y ellos se fueron con él, dejando a Zebedeo, su padre, en la barca junto a unos pescadores que tenían contratados (Mc 1,20).

Ese hombre que se llama Jesús hizo un poco de barro con su saliva, me la extendió sobre los ojos, y me dijo: vete a lavarte al estanque de Siloé. Fui, me lavé y comencé a ver (Jn 9,11).

Zaqueo bajó a toda prisa, y con alegría recibió en su casa a Jesús (Lc 19,6).

Una mujer que padecía hemorragias desde hacía doce años y que había gastado toda su fortuna en médicos, sin lograr que ninguno la curase, se acercó por detrás a Jesús y le tocó el borde del manto (Lc 8,43-44).

SÉPTIMA ESCALA: EL PLANETA DE LOS HOMBRES

Aconsejado por el geógrafo, que le había asegurado que tenía muy buen cartel, el Principito se dirigió a la Tierra. La experiencia le demostrará que es un planeta interesante pero prácticamente poblado de adultos.

La Tierra no es un planeta cualquiera. Se contabilizan en ella ciento once reyes (teniendo en cuenta, por supuesto, los reyes negros), siete mil geógrafos, novecientos mil empresarios, siete millones y medio de alcohólicos, trescientos once millones de vanidosos, es decir, alrededor de dos

mil millones de personas mayores.

Para que os hagáis una idea de las dimensiones de la Tierra, debo deciros que, antes de la invención de la electricidad, había que mantener, para el conjunto de los cinco continentes, todo un ejército de cuatrocientos sesenta y dos faroleros.

Aunque el Principito, acostumbrado a vivir solo, se sintió inicialmente desbordado por la cantidad de personas que habitaban la Tierra, con el tiempo se dio cuenta que los humanos tienden a creerse más grandes y numerosos de lo que en realidad son.

En realidad, los hombres ocupan muy poco espacio en la tierra. Si los dos mil millones de habitantes que pueblan la tierra se mantuvieran de pie y un poco apretados, como en una manifestación, cabrían fácilmente en una plaza de veinte kilómetros de largo por veinte kilómetros de ancho. Se podría congrega a toda la humanidad en el más minúsculo islote del Pacífico.

Las personas mayores, por supuesto, no os creerán. Están convencidas que ocupan mucho espacio. Se sienten importantes como baobabs. Aconsejadles que hagan el cálculo. Les encantará, porque adoran los números. Pero tú no te molestes. Es inútil. Fíate de mí.

Lo más triste para él fue comprobar que la mayoría de los 6.300 millones de hombres que habitaban la Tierra eran adultos. Casi todos habían enterrado al niño que habían sido.

EL UNIVERSO DE LOS HOMBRES

El último planeta visitado por el Principito fue la Tierra. Es un planeta inmenso que nosotros creemos conocer, pero que nos reserva sorpresas inimaginables.

Aunque el último anuario de *El País* cifre la población mundial en unos 6.300 millones de habitantes, en realidad, si nos apretujáramos un poco, podríamos caber todos en la Península Ibérica. Lo malo es que nos creemos tan importantes que tenemos la sensación de que la superficie habitable se nos está quedando pequeña y que pronto tendremos que iniciar la emigración a la Luna o a Marte. Hace décadas que las grandes potencias han iniciado la exploración del universo para tener preparada una salida cuando la situación sea insostenible.

En tiempos del Principito se calculaban unos dos mil millones de personas mayores. Desgraciadamente los datos no están actualizados. Hoy no sabemos su número exacto, y se impone hacer una encuesta sociológica fiable para contabilizarlos con rigor científico. Para los sociólogos y todos esos a los que les

gustan las estadísticas y los gráficos es una verdadera pena. Están convencidos de que cuando dispongan de un material fidedigno conocerán mucho mejor la realidad y podrán dictar normas de obligado cumplimiento para incrementar el número de adultos.

Para los que, como el Principito, nos reímos de los estudios sociológicos y preferimos conocer directamente la realidad, esos gastos nos parecen innecesarios. Preferiríamos que se empleara el dinero en diseñar un programa educativo para intentar evitar que los niños se conviertan en adultos.

La bibliografía sobre esta problemática es muy escasa. Me permito recomendar dos obras clásicas que para el lector pueden ser de gran utilidad: la primera, *Manual para comer como un niño, y otras lecciones para no convertirse en adulto*, escrita por la norteamericana Delia Ephron, proporciona una serie de pautas de comportamientos para potenciar el niño que llevamos dentro. La segunda, *¡Mira mamá, mira papá!*, del danés Willy Breinholst, proporciona pistas de acción más acorde con la sensibilidad europea.

Como guía práctica para detectar en qué medida nos vamos convirtiendo en adultos, J. L. Martín Descalzo, publicó un artículo que, a pesar de los años, sigue siendo sugerente. Para él uno se transforma en una persona mayor cuando ha perdido seis batallas. El lector deberá hacer el cómputo de sus derrotas para concluir su situación personal. Estas son sus palabras:

La primera batalla se da en el campo del amor a la verdad. Suele ser la primera que se pierde. Uno ha asegurado en sus años de estudiante que vivirá con la verdad por delante. Pero pronto descubre uno que en esta tierra es más útil y rentable la mentira que la verdad; que, con ésta, «no se va a ninguna parte» y que, aunque diga el refrán que la mentira tiene las piernas muy cortas, los mentirosos saben avanzar muy bien en coche. Abres los ojos y ves como a tu lado progresan los babosos, los lamedores. Y un día tú también, muchacho, sonríes, tiras de la levita, abres puertas, sirves de alfombra, tiras por la borda la incómoda verdad. Ese día, muchacho, sufres la primera derrota, das el primer paso que te aleja de tu propia alma.

La segunda batalla tiene lugar en los terrenos de la confianza. Uno entra en la vida creyendo que los hombres son buenos. ¿Quién podría engañarnos? Si de nadie somos enemigos, ¿cómo lo sería alguien nuestro? Y ahí está ya esperándonos el primer batacazo. Es una zancadilla estúpida o, incluso, una traición que nos desencuaderna el alma precisamente porque no logramos entenderla. Y nuestra alma, herida, bascula de punta a punta. El hombre es malo, pensamos. Rodeamos de hilo espinado nuestro castillo interior, ponemos puente levadizo para llegar a nuestra alma; a nuestro corazón ya no se podrá entrar si no es con pasaporte. El alma forrada de cuchillos es la segunda derrota.

La tercera es más grave, porque ocurre en el mundo de los ideales; uno ya no está seguro de las personas, pero cree aún en las grandes causas de su juventud: en el trabajo, en la fe, en la familia, en tales o cuales ideales políticos. Se enrola bajo esas banderas. Aunque los hombres fallen, éstas no fallarán. Pero pronto se ve que no triunfan las banderas mejores, que la demagogia es más «útil» que la verdad y que, con no poca frecuencia, bajo una gran bandera hay un cretino más

grande. Se descubre que el mundo no mide la calidad de las banderas, sino su éxito. ¿Y quién no prefiere una mala causa triunfante a una buena derrotada? Ese día otro trozo del alma se desgaja y se pudre.

La cuarta batalla es la más romántica. Creemos en la justicia y la santa indignación se nos sube a los labios. Gritamos. Gritar es fácil, llena nuestra boca, da la impresión de que estamos luchando. Luego descubrimos que el mundo nunca cambia con gritos y que, si alguien quiere estar con los despellejados, ha de perder su piel. Y un día descubrimos que no se puede conseguir la justicia completa y empezamos a pactar con pequeñas injusticias, con grandes componendas. Ese día caemos derrotados en la cuarta pelea.

Todavía creemos en la paz. Pensamos que el malo es recuperable, que el amor y las razones serán suficiente. Pero pronto se nos eriza el alma, comenzamos a desconfiar de la blandura, decidimos que puede dialogarse con éstos sí, pero no con aquéllos. No pasará mucho tiempo sin que decidamos «imponer» nuestra paz violenta, nuestras santísimas coacciones. Es la quinta derrota. ¿Queda aún algo de nuestra juventud?

Quedan aún algunas ráfagas de entusiasmo, leves esperanzas que rebrotan leyendo un libro o viendo una película. Pero un día las llamamos «ilusiones», un día nos explicamos a nosotros mismos que «no hay nada que hacer», que «el mundo es así», que «el hombre es triste».

Perdida esta sexta batalla del entusiasmo, al hombre ya solo le quedan dos caminos: engañarse a sí mismo creyendo que ha triunfado, taponando con placer y dinero los huecos del alma en los que habitó la esperanza, o conservar algo de corazón y descubrir que nuestro barco marcha a la deriva y que estamos hambrientos, vacíos, sin peso de ilusiones, sin alma.

(J. L. MARTÍN DESCALZO, *Cuaderno de apuntes*)

EL PRINCIPITO Y LA SERPIENTE

LA QUE NO SE DEBE NOMBRAR

Los reptiles sin patas tienen en el Sur muy mala prensa, solo nombrarlos trae mal fario. La gente evita hacerlo, en la medida de lo posible, empleando circunloquios. Preferimos hablar de la bicha, de la que se mueve así (y se ondula la mano)... Pasa como con Lord Voldemort en el mundo de Harry Potter: simplemente es «el que tú sabes».

En el último campamento scout ocurrió un hecho sorprendente. Estaba empezando a preparar la cena cuando se me acercó un lobato, un chaval de ojos brillantes y piel morena, y me dijo: «Dame un frasco para guardar esta culebra de agua que he cazado». Se lo di sin casi mirar al animal que se le enroscaba en el brazo.

Estuvo jugando con ella el resto de la tarde, haciéndola deslizar por sus brazos y cuello. Me olvidé del asunto hasta que el grito de un responsable me sacó de la cocina. El monitor, estudiante de biología, había identificado a la presunta culebra de agua como una víbora. Su cabeza triangular y la raya en zigzag del lomo no dejaban margen al error.

Nos quedamos sobrecogidos. El lobato había estado jugando inconscientemente con la muerte. La escena parecía extraída del libro de Isaías: «El niño jugará en la hura del áspid, la criatura meterá la mano en el escondrijo de la serpiente» (Is 11,8). Quizás el reptil lo vio tan frágil que no quiso hacerle daño. Como al Principito...

UNA SERPIENTE EN EL CAMINO

El Principito tomó tierra en un desierto de África. Le recibió una soledad callada: allí no había ningún ser humano. Se vio obligado a entablar conversación con una serpiente que descubrió reptando sobre la arena.

—¿No hay pobladores en la Tierra?

*–Esto es el desierto. Nadie vive en el desierto. La Tierra es muy grande –dijo la serpiente.
El Principito se sentó sobre una roca y levantando los ojos al cielo dijo:
–Me pregunto si las estrellas brillan para que cada uno pueda encontrar la suya. Mira mi planeta. Está justamente encima de nosotros... ¡Está lejísimos!
–Es muy bonito –dijo la serpiente–. ¿Qué has venido a hacer aquí?
–Tengo problemas con una flor –respondió el Principito.
–¡Ya! –dijo la serpiente.*

La serpiente le pareció un animal muy extraño, delgado como un fideo, sin patas, capaz de enroscarse en cualquier objeto. Su apariencia ocultaba un inimaginable poder.

*La serpiente se enroscó alrededor del tobillo del Principito como un brazalete de oro:
–Al que toco, le hago volver a la tierra de la que vino –dijo aún–. Pero tú eres inocente y procedes de una estrella...
El Principito no contestó nada.
–Me das pena: tú, tan frágil en una tierra de granito. Si algún día echas mucho de menos tu planeta, puedo ayudarte... Puedo...
–Te he entendido muy bien –dijo el Principito–, pero ¿por qué hablas siempre en jeroglíficos?
–Yo los descifro todos –respondió la serpiente.
Y se quedaron en silencio.*

El Principito guardó la información. No sabía que encerraba un veneno letal.

LA PRESENCIA INQUIETANTE DEL MALIGNO

La serpiente, probablemente debido a la forma de su cuerpo y a sus costumbres, suele ser uno de los animales que infunde más miedo y repugnancia al hombre. Aunque en Egipto fue considerada como ojo del dios solar y por ello utilizada como emblema real y en Roma como símbolo de vida e incorporada al culto a Esculapio, en la tradición judeo-cristiana simboliza al Maligno.

El miedo ancestral parece ligado a su hábito de esconderse entre la maleza y en agujeros que la ligan al mundo subterráneo, morada del mal. Su forma de deslizarse rastrera, silenciosa y sinuosa evoca bien el procedimiento del Tentador. Su mirada fija, sin parpadear (sus párpados son transparentes y están soldados) recuerda que el mal está siempre acechante. Su capacidad de enroscarse y envolver en un abrazo mortal a sus víctimas, su poder hipnotizante y seductor, su lengua bífida de doble filo y mentirosa, su veneno mortal inoculado en un centelleo, ha hecho decir al Génesis que es «el animal más astuto de todos los

que el Señor Dios había creado» (Gn 3,1). Por todo esto la serpiente es símbolo de los poderes infernales y la personalización de Satanás.

El primer ser vivo con el que el Principito se encuentra al llegar a la Tierra fue precisamente una serpiente. No deja de ser curioso.

El marco del encuentro, como le pasó a Jesús (Mt 4,1-11) fue el desierto y la soledad. «¿No hay pobladores en la Tierra?», preguntará ingenuamente el Principito.

El desierto es una tierra inhóspita donde no hay caminos. Tierra maldita que se opone a la tierra habitable y fértil como la bendición a la maldición. Tierra reseca, sin agua, ni sombra, donde aflora la duda y el miedo (el Principito temía haberse equivocado de planeta). Tierra de paso que hay que atravesar para llegar a la que mana leche y miel. Lugar de tránsito, sin señales ni habitantes, sin rutas ni pisadas, que hay que recorrer para llegar a una situación nueva. De él escribió Rafael Alberti:

¡Qué castigo! Es un desierto
sin sol, sin aire, sin agua...
un mundo arenal de muertos.

El desierto es el lugar de la tentación, de la prueba, donde se pone de manifiesto lo que hay en el corazón del hombre. El desierto evidencia la fidelidad a la palabra dada a Dios y a los hombres. Nos da la medida real de lo que somos. El desierto en cualquiera de sus manifestaciones –crisis, enfermedad, fracaso, cansancio, depresión, jubilación...– nos ayuda a conocernos personalmente. Es un test que revela el corazón del hombre, que prueba sus convicciones profundas, que manifiesta su orientación fundamental.

En el desierto, aprovechando el mal momento, la soledad, la situación de estar con la guardia baja, aparece la serpiente. Lo hace sin ruido, ofreciendo conversación y compañía, con apariencia seductora: «un anillo plateado se revolvió en la arena».

El Maligno se presenta al Principito bajo la apariencia de una serpiente. Su actuación es diabólica, en el sentido etimológico de la palabra de desunir, dividir. Va a crear en él una situación de confusión interior que facilite su engaño. El diablo lo embarulla todo siniestramente en un momento en el que el chaval se siente solo y perdido en un planeta desconocido.

La serpiente empieza su acción erosiva ayudando al Principito a caer en la

cuenta de que está condenado a una soledad absoluta —«nadie vive en el desierto»— en un planeta inmenso. Incluso le hace creer que la presencia de los humanos solo acentuaría la experiencia de incomunicación y vacío. Y además su planeta está tan lejos y es tan hermoso...

Lugo le ayudará, sondeándole hábilmente, a descubrir y a poner nombre a su situación. Por primera vez el Principito cae en la cuenta de que su viaje más que para buscar amigos es una huida de la rosa: «Tengo problemas con una flor», reconocerá con sencillez.

La serpiente se calla. El silencio entra en su estrategia. No dice nada más para no distraer la atención de su interlocutor. Espera pacientemente a que por sí mismo caiga en la cuenta de que volver junto a su flor era «algo que tentaba el apetito, era una delicia de ver y deseable» (Gn 3,6).

En esa soledad en compañía, envuelto en un silencio ondulado, el Principito pudo pensar en su rosa:

Las horas pasan, pesan lentamente
vacías de ti, llenas de tu memoria.
Tu ausencia rompe el hilo de mi historia,
aísla como un foso este presente,
dejándome indefenso e inocente
entre la espada aguda de la gloria
de haberte amado ayer, y la ilusoria
esperanza de amarte eternamente.

(A. GONZÁLEZ,
Para cantar una ausencia)

El silencio fue productivo. Ahora la serpiente ya puede ofrecerle una alternativa. Frente al desierto gris y ardiente ella es capaz de presentarle una salida creativa y brillante. Hay un atajo imaginativo para volver a casa: «Si algún día echas de menos tu planeta puedo ayudarte...».

Aquel ser delgado como un fideo, que hablaba en jeroglíficos, era realmente poderoso. El veneno está inoculado. Hay que esperar en silencio a que haga efecto. El príncipe de las tinieblas sabe aguardar a que llegue su hora (Lc 4,13).

6

VIVIR SIN RAÍCES

QUEDARSE EN EL AIRE

Descubrí a Julio Verne uno de esos veranos del Sur, durante la sagrada hora de la siesta que nos obligaba a permanecer quietos y en una dulce y silenciosa penumbra. Alguien me prestó *La vuelta al mundo en ochenta días*, en una edición de letra apretada y papel amarillento. La leí de un tirón. Me quedé fascinado y con ganas de montar en globo. Los deseos aumentaron cuando, unos años más tarde, vi la versión cinematográfica, una superproducción, naturalmente en cinemascope y technicolor, que reunió en el reparto a las más conspicuas estrellas de la época. Tendría que esperar más de cuarenta años para convertir esos sueños en realidad.

La posibilidad de montar en globo me la ofreció un buen amigo, director de *marketing* de una importante marca comercial. La acepté encantado, y un buen día, casualmente el domingo de la Ascensión del Señor, nos dirigimos muy temprano a Segovia para sobrevolar la ciudad.

Confieso que sentía cierto miedo, solo en parte compensado por el deseo de realizar un viejo sueño. Estamos tan acostumbrados a movernos sobre la superficie de la Tierra que eso de quedarse en el aire en un artilugio tan elemental produce un cierto cosquilleo.

La experiencia fue impresionante. Los globos actuales son de un mecanismo tan simple —una barquilla de mimbre, una vela de nailon de vistosos colores, aire calentado por propano— que echa para atrás. Cuando iniciamos el despegue y pude comprobar que todo era seguro y estable, perdí el miedo y disfruté del vuelo.

Lo primero que llama la atención es el silencio absoluto, solo turbado de vez en cuando por la combustión del propano, que se descubre cuando se vuela a 200 metros. Es un silencio denso, sereno y serenante que invita a la interioridad y la contemplación. A nuestros pies, bañada por una luz discreta estaba la ciudad con sus callejuelas intrincadas, su catedral imponente, su alcázar en vanguardia vigilante. Luego el caserío, los trigales, los ríos, los caminos que se entrecruzan... Realmente maravilloso.

Quedarse físicamente en el aire es fascinante. Invita al silencio, a la

contemplación, a saberse en manos de Dios, que nos sostiene con una gigantesca vela, y, sobre todo, a dejarse llevar por el viento. Él es el gran protagonista. Te trae, te lleva, te hace ir hacia el Norte o hacia el Sur, te acelera o te detiene... El conductor del globo se limita a poner su pericia y habilidad a su servicio. El resultado es sobrecogedor.

Volar en globo, dejarse llevar por el viento, es una parábola en acción de la vida del creyente. Sabiéndose en manos de Dios, dejarse conducir por el aire, que no sabes ni de dónde viene ni adónde va, te hace sentir profundamente libre.

El Principito, que se sentía muy solo en el desierto, lo atravesó buscando a los hombres. Solo encontró una flor incapaz de entender que los hombres se dejaran llevar por el viento...

LA FLOR DEL DESIERTO

Buscando a los hombres, con intención de hacerse amigo de ellos, el Principito atravesó el desierto. Como le había asegurado la serpiente allí no vivía nadie. En su recorrido solo encontró una flor. Era un triste ejemplar que no se parecía en nada a su rosa.

—¿Dónde están los hombres? —preguntó educadamente el Principito.

La flor había visto pasar una vez una caravana de nómadas.

—¿Los hombres? Creo que hay seis o siete. Los he visto hace mucho tiempo. Nunca se sabe dónde encontrarlos. Se los lleva el viento. No tienen raíces. Eso les incordia bastante.

—Adiós —dijo el Principito.

—Adiós —respondió la flor.

DEJARSE LLEVAR POR EL VIENTO

La flor del desierto debía pertenecer a la familia de las cactáceas o crasáceas (preciso el dato para las personas mayores). Vivía arraigada en una duna y en condiciones tan difíciles, debido a las altas temperaturas y escasa humedad, que solo producía unas florecillas elementales y efímeras, aunque, probablemente de colores vistosos para favorecer la polinización y así asegurar la supervivencia de la especie.

Sometida a las inclemencias del tiempo y a las tormentas de arena, se sentía segura gracias a sus raíces. Sus apéndices radiculares se abrazaban a la arena y a

los escasos guijarros para combatir con éxito los zarpazos del viento, y así poder absorber la exigua agua que había en el terreno. Si alguien le hubiera pedido que se desprendiese de la tierra, lo hubiera tomado por loco. No podía comprender a unos hombres empeñados en no atarse a nada y en dejarse llevar por el aire.

Los hombres, opinaba la flor del desierto, eran seres extraños empeñados en no fijarse a un terreno, a una situación, a una geografía. Al no afincarse en ningún sitio, nunca se podría prever dónde encontrarlos ya que eran llevados y traídos por el viento. Para ella, esa condición nómada no era más que un incordio, en vez de un signo y una condición de libertad interior.

Para el nómada las cosas son muy distintas. Vivir siguiendo la dirección del viento es la expresión de la máxima libertad. Para poder hacerlo, previamente hay que quedarse al aire.

Quedarse al aire significa ir o vivir al desnudo, sin cubrirse. Supone perder la seguridad y la protección que nos proporciona la ropa o el abrigo. En este sentido, ir al aire implica que toda o parte de nuestra piel queda en contacto directo con el medio ambiente y es más sensible a los cambios de temperatura o humedad. Solo el que se queda al aire, como el que se sube a un globo, puede luego dejarse llevar por el viento. En el fondo equivale a ponerse en manos de Dios —«A tus manos, Señor, encomiendo mi vida» (Lc 23,46)— con la seguridad y certeza de que él nos cuidará como a la niña de sus ojos.

Curiosamente, la palabra hebrea *rúaj* puede traducirse tanto por «viento» como por «Espíritu». En ese sentido, solo el que se queda al aire, en ese estado de indefensión y desnudez que supone el encuentro con Dios, puede dejarse llevar por el Espíritu. Encuentro que nos desnuda de nuestras seguridades y desenmascara nuestros mecanismos de defensa, y nos hace más sensibles al aire, al sople del Espíritu. Él nos ha elegido libremente —«No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros» (Jn 15,16)— para vivir la libertad que nos regala el *Rúaj*.

Cuando uno se deja llevar por el aire, no sabe muy bien dónde puede ir a parar, como le ocurre al que montado en un globo no puede prever con certeza dónde tomará tierra. Jesús nos pone en guardia: «Lo que nace del hombre es humano, lo que nace del Espíritu es espiritual. No te cause, pues, tanta sorpresa el que te haya dicho que tenéis que nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere; oyes su rumor pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Lo mismo sucede con el que nace del Espíritu» (Jn 3,6-8).

Dejarse llevar por el aire, por el Espíritu, nos conduce a veces a lugares que no hubiésemos elegido personalmente, pero nos hace mucho más libres y disponibles

para la misión a la que Dios nos destina. Nos proporciona el amor y la alegría de los hijos de Dios.

Frente a la flor del desierto, firmemente enraizada, la vida del creyente se parece más a la rosa de Jericó, esa crucífera que vive en el desierto de Siria. Esta curiosa planta de tallo delgado y ramoso, y hojas estrechas y blanquecinas tiene una curiosa adaptación al medio. Cuando aprieta el sol, las ramas y hojas secas se enrollan en torno a la semilla, formando una pelota apretada y protectora llevada y traída por el viento. Solo cuando el aire la deje en un sitio húmedo, la simiente escondida germinará, florecerá, se multiplicará. Cuando el sol la abra se iniciará de nuevo su rodar por las arenas a merced del viento hasta que haya otra oportunidad.

Si el Principito, pertinaz viajero interplanetario, hubiera tenido que elegir entre la flor del desierto y la rosa de Jericó, estoy seguro que hubiera escogido la segunda. Como el poeta, prefería las alas a las raíces.

Alas y no raíces
para mí quiero.
Alas abiertas siempre
a ras de sueño.

No quiero las raíces
del árbol quieto
que clama hacia lo alto
siempre en silencio.

Que clama por ser libre,
en vano esfuerzo.

Yo prefiero ser ala,
cruzar el cielo,
no conocer fronteras...
Estar no quiero
como barco averiado,
siempre en el puerto.

Quiero tender las alas
como dos remos.
No quedarme clavado.
Ir a tu encuentro.

(M. SÁNCHEZ,
Alas y no raíces)

El creyente, como el Principito, sueña vivir como la rosa de Jericó. Sin raíces que le aten al suelo impidiéndole rodar libremente por la vida, sueña que le broten alas que le permitan quedarse en el aire a merced del viento.

EL ECO MISTERIOSO

EL ENIGMA DE LAS AGUAS

Cierto día, cuando era muy niño, mi padre me llevó a los jardines del Tempul para enseñarme el incipiente zoológico de Jerez. Terminada la visita nos acercamos a los grandes depósitos de agua que abastecen la ciudad.

Mi padre me encaramó a sus hombros para que, a través de una ventana, pudiera ver el interior. Un aire fresco y húmedo salía por el orificio. Un agua sombría se agitaba suavemente. La contemplé fascinado. Luego me pidió que gritara algo. Obedecí sin rechistar. El eco repitió mis palabras. Me agité asustado: «Dentro del agua hay un niño que dice lo que yo».

Mi padre me bajó al suelo y me pasó la mano por el pelo. Sonreía como un conejo. Yo no sabía por qué. Aquel día conocí al eco. Como el Principito en la montaña...

UN PLANETA MUY RARO

Debido a la inexacta información de la flor del desierto el Principito creía que en la Tierra había seis o siete pobladores. Con tesón inició su búsqueda. Con la esperanza de localizarlos subió una montaña. Ingenuamente creía que desde la cumbre, de un solo vistazo, podría ver todo el planeta y descubrir donde se encontraban los hombres. Con un grito intentó llamar su atención:

–Buenos días –dijo al buen tuntún.

–Buenos días... buenos días... buenos días... –repitió el eco.

–¿Quién eres? –dijo el Principito.

–¿Quién eres?... ¿quién eres?... ¿quién eres?... –repitió el eco.

–Busco a un amigo. Estoy solo –dijo.

–Estoy solo... estoy solo... estoy solo... –repitió el eco.

«¡Qué planeta más raro!, pensó. Es reseco, erizado de aristas y salobre. Los hombres carecen de imaginación. Se limitan a repetir lo que oyen... En mi tierra había una flor: era siempre la primera en empezar a hablar...».

«Lo ha dicho la televisión», dice la gente. «Lo ha dicho el Papa», dicen algunos cristianos. «Lo ha dicho el presidente», dicen sus correligionarios... Y así muchos contemporáneos se hacen eco de determinados criterios u opiniones sin molestarse en pasarlos por el tamiz de la crítica. Parece que Ekho, aquella ninfa de las aguas condenada tras su muerte a repetir las últimas sílabas de los demás, se hubiera adueñado de nuestro mundo. Como el Principito podríamos decir: «Los hombres carecen de imaginación. Se limitan a repetir lo que oyen». En cierto modo vivimos en el imperio de los loros y las cotorras.

Frente a una actitud poco crítica, que parece ser uno de los rasgos de la cultura posmoderna, san Pablo nos invita al discernimiento: «Experimentarlo todo y quedaos con lo mejor» (1 Tes 5,21).

Experimentar todo supone no estar a la defensiva ante las novedades. Semejante actitud nos encierra en nuestras posturas sin dejarnos cuestionar por la vida e impidiéndonos evolucionar. La contentación global, que Bonhoeffer llamaba resistencia cultural, solo conduce a posicionamientos esclerotizados, poco flexibles, e incluso fundamentalistas.

Probarlo todo tampoco significa aceptar cualquier novedad sin discriminación. Con demasiada frecuencia el hombre actual cae en un relativismo tal en el que no hay nada definitivo. Probablemente la cultura del usar y tirar nos influye demasiado y tendemos a utilizar las ideas, y los principios, en tanto en cuanto valgan en el momento.

Experimentarlo todo supone más bien entrar en diálogo con las nuevas ideas. Dialogar implica un esfuerzo constante, y a veces heroico, de adoptar desde el principio el punto de vista del otro. Este salir de uno mismo para aceptar, aunque solo sea por unos instantes, la opinión ajena es tan altruista que Leibniz lo denominaba sencillamente amar.

El diálogo supone que se escucha al otro en el sentido que lo emplea la Escritura: como Jesús niño escuchó a los maestros de la Ley (Lc 2,46), como Cristo resucitado escuchó a los caminantes de Emaús (Lc 22,17-27), como el Padre bueno escucha las súplicas de sus hijos (Mt 7,7-11). Es decir, escuchar con la esperanza de que el interlocutor nos enseñe algo nuevo, complete nuestro pensamiento, o nos permita ampliarlo, purificarlo, sublimarlo o darle profundidad.

Esta escucha –y aquí entraría «el quedarse con lo mejor» de san Pablo– debe

hacerse con espíritu crítico. La objeción, en la que siempre hay una parte de verdad, permite la mejor expresión del propio pensamiento, el evitar confusiones, dar relieve y contorno a las opiniones personales. Al fin y al cabo criticar no es destruir sino precisar.

Esta actitud dialogante con nuestro mundo, aparte de evitar que nos aislemos altaneramente de él, permite enriquecer el propio pensamiento con más probabilidad que el intento tan hispano de pretender imponer al otro la propia opinión. Mientras la polémica y la dialéctica separan, el diálogo, que es una manifestación del amor, acerca. Decididamente es mejor con-vencer que imponer.

Pablo VI, que en su encíclica *Ecclesiam suam* invitó a los cristianos a dialogar con la nueva cultura, nos recordaba las actitudes que facilitan el diálogo:

- Claridad: hablar con un lenguaje comprensible, cercano, para posibilitar la comprensión y el trasvase de conocimientos.
- Mansedumbre: evitando los modos violentos que manifiestan una voluntad de imposición. El diálogo no puede ser orgulloso, hiriente, ofensivo, sino humilde, paciente y generoso.
- Confianza: tanto en el valor de las propias ideas como en la actitud para escucharlas del otro.
- Prudencia: que hace tener en cuenta la situación del otro para adaptarse a sus circunstancias y capacidades.

Solo tras el diálogo crítico con la cultura de hoy podremos asumir lo que nos parezca válido y evangélico e incorporarlo a nuestra forma de pensar. Ya no nos haremos eco de lo que oímos: si repetimos lo que escuchamos será porque lo hemos hecho nuestro. Nunca el Principito podrá echarnos en cara: «Se limitan a repetir lo que oyen». Habremos pasado del imperio de los loros al universo de los animales racionales.

A un diálogo claro y valiente con todos los hombres nos invitaba Pablo VI cuando escribía:

La Iglesia debe estar pronta para sostener el diálogo con todos los hombres de buena voluntad dentro y fuera de su ámbito propio. Ninguno es extraño al corazón de la Iglesia. Ninguno es indiferente para su ministerio. Ninguno le es enemigo, con tal que él mismo no quiera serlo. No en vano se llama católica; no en vano está encargada de promover en el mundo la unidad, el amor, la paz.

(PABLO VI, *Ecclesiam suam*)

Durante su pontificado, el Papa se esforzó por practicarlo con todos los hombres. De él escribía hace muchos años Jean Guitton:

El diálogo, en Pablo VI, significa mucho más de lo que llamamos diálogo. Esta palabra se convierte, cuando él la emplea, en una voz-espejo que todo lo refleja, en un sol, en un eje, en un gozne, en una fuente, en un misterio, en un conjunto de pensamientos, en un mundo de posibilidades. El pontificado de Pablo VI será el de un Papa que intentó verdaderamente dialogar con todos los hombres.

(J. GUITTON, *Diálogos con Pablo VI*)

El diálogo, la comunicación, el acercamiento entre los hombres es algo tan enriquecedor que conviene agradecer:

Que cante agradecido el corazón
por todos los pequeños y grandes caminos de comunicación
entre los hombres.
Por los pequeños y grandes intentos,
la palabra y el gesto con la mano abierta,
la sonrisa y las lágrimas
superando soledades, ausencias, nostalgias,
que cante, agradecido, el hombre entero.
Por la mesa camilla del cuarto de estar,
por la mesa que invita, en medio de la casa,
uniendo a todos, sin esquinas:
que cante la madera redonda de roble
capaz de unir y congregar.
Por la casa de puertas abiertas
en las modernas celdas de vecinos:
que los gritos se abran alegres cantando,
cuando la casa no se cierra
al hombre que está solo en el piso de arriba.
Por los ojos que saben decir lo que llevan dentro,
por los ojos que son ventana abierta,
por los ojos que invitan a entrar dentro,
por los ojos que velan y nos miran:
demos gracias con fuerza y con ternura.

(D. GONZÁLEZ CORDERO, *Tres por cinco*)

UN JARDÍN DE ROSAS

CREERSE ÚNICO EN SU ESPECIE

De pequeño me regalaron un pollito. Era una bola de felpa amarilla con un llanto en el pico. Contra todo pronóstico sobrevivió a mis agobiantes cuidados. Fue creciendo y convirtiéndose en un adolescente desgarbado y un tanto altanero. Comía en mi mano, me seguía por el jardín y conmigo era manso como un cordero. A mis hermanos les picoteaba las pantorrillas y les hacía huir lloriqueando.

Estoy seguro que aquel pollo, dentro de lo que cabía en su cuasi plano y reducido cerebro, se creía único en su especie. Nunca había visto, y verdaderamente tenía pocas posibilidades de hacerlo, a ningún congénere. Me apenaba su soledad, pero mi madre oponía una terca resistencia a tener más bichos en casa.

Creí encontrar una solución parcial en las clases de Física. Mi profesor, para mí un anciano de unos cuarenta años que sabía la intemerata de la materia, nos explicó que colocando dos espejos paralelos podían contemplarse infinitas imágenes virtuales del objeto. Expuesta la teoría fuimos al laboratorio para comprobar sus afirmaciones con la convencional vela encendida.

Cuando volví a casa, burlando la vigilancia del servicio, me hice con dos espejos. Los coloqué en paralelo. Busqué al pollo. Lo puse entre los dos: se quedó desconcertado. Tras unos segundos de dudas, movido por eso que hoy llamarían orgullo de género, se abalanzó agresivamente contra su propia imagen, saliendo magullado del intento. No pudo aceptar no ser único en su especie... Como la rosa...

LA ROSALEDA

La experiencia del eco no le desanimó. Con decisión prosiguió la búsqueda de los hombres. Su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró con un jardín plantado exclusivamente de rosas.

—¿Quiénes sois vosotras? —les preguntó boquiabierto.

—Somos rosas —dijeron.

—¡Ya! —dijo el Principito.

Se sintió muy triste. Su flor le había contado que era única en su especie en todo el universo. Y de pronto, había descubierto en un solo jardín, más de cinco mil muy parecidas.

«Si viera esto se sentiría muy humillada..., se dijo. Tosería broncamente y simularía morir para huir del ridículo. Me vería obligado a fingir atenderla, si no, aunque solo fuera por hacerme sufrir, se dejaría morir de verdad».

La decepción y el dolor se apoderaron del Principito. Se sintió engañado y manipulado. En la más profunda soledad se tumbó sobre la hierba y lloró amargamente: se había creído poseedor de una flor única en su especie y a su vista había cientos como ella.

UNA MIRADA CARGADA DE NOSTALGIA

La rosa, probablemente para hacerse la interesante, había mentido al Principito asegurándole que era única en su especie. Él se sentía feliz de poseer un tesoro tan singular. Su decepción fue mayúscula al descubrir en la rosaleda una multitud de flores muy parecidas a la suya... Se sintió dolorosamente engañado. Acabó llorando amargamente, tendido sobre la hierba: verdaderamente no era un príncipe importante. Necesitará tiempo para darse cuenta de que se pueden tener cinco mil rosas en un jardín y no encontrar en ellas el misterio que puede encerrar una sola.

La rosa del cuento y el pollito de mi infancia se creían más-dignos-de-amor, es decir, más amables en la acepción etimológica de la palabra, presentándose como únicos en su especie. Ambos se equivocaban: lo que hace a un ser irrepetible no es su genoma, sino el amor de los demás.

Solo una mirada enamorada individualiza a una rosa en una rosaleda, a una oveja en un rebaño (Jn 10,14), a un hombre o a una mujer en una multitud. Donde los demás ven uno más, el amante descubre un ser único e irrepetible. Solo los padres identifican desde el primer momento a dos gemelos univitelinos; los demás podemos pasarnos años confundiéndolos...

Con relativa frecuencia, individualizar a una persona es un fenómeno que se da repentinamente. Se pueden llevar años formando parte de la misma pandilla, compartiendo un puesto de trabajo o colaborando en la misma ONG, y de pronto, sin saber muy bien por qué, uno descubre al otro. Es como si la cámara

oculta de nuestros ojos hiciera un *zoom* inesperado y colocara en un primer plano a un ser humano dejando al resto en las sombras. Desde ese instante mágico esa persona dejará de ser un compañero de clase, trabajo o partido para transformarse en alguien único e irrepetible.

Ese flechazo de amor, que los romanos atribuían al arco juguetón de Cupido, desencadena un largo proceso que hará posible el verdadero amor, amor que supone determinados ingredientes:

El amor está hecho de tres ingredientes, solicitud, afecto e intimidad. La solicitud supone la atención eficaz al otro en sus necesidades y deseos. Hacerme cargo del otro, escucharle, respetarle, ayudarle. El afecto añade algo más; no solo doy algo a alguien, sino quiero estar con él, junto a él, junto a ella. El afecto es esa atmósfera agradablemente calurosa y magnéticamente atractiva que nos lleva a compartir tiempo, cercanía física, sintonía personal y emocional con el otro. La intimidad consiste en comunicarme con el otro; al contacto afectuoso, se añade aquí la palabra que me auto-expresa y la escucha que le permite al otro revelárseme.

(J. A. GARCÍA-MONGE, *Treinta palabras para la madurez*)

El Principito fue extraordinariamente solícito con su rosa. La regaba con agua fresca, la protegía cada noche con una urna de cristal, le mataba las orugas, y no cejó hasta hacerse con un bozal para impedir que la ovejita se la comiera. Verdaderamente se hizo cargo de ella, se empeñó en ayudarla y supo escuchar con paciencia su conversación, a menudo coqueta e insustancial.

Su solicitud por la rosa hizo nacer en él, poco a poco, el afecto. Notó cómo un río de ternura le brotaba irresistiblemente en el corazón y llenaba todo su ser. Se sentía magnéticamente atraído por ella y le encantaba compartir su espacio y su tiempo. Desgraciadamente era tan inexperto, y estaba tan solo, que no pudo poner nombre a lo que estaba viviendo. Puso pies en polvorosa asustado por unos nuevos sentimientos que no lograba identificar.

Muchas veces tomar distancia nos permite ver con más claridad las cosas. El Principito, en su exilio voluntario en la Tierra, tomó conciencia de que estaba enamorado de una rosa que para él era radicalmente distinta de cualquier otra flor. En la lejanía experimentaba que su cariño por ella crecía y que deseaba ardientemente estar a su lado:

Amada, el aura dice
tu pura veste blanca...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!

El aura me ha traído
tu nombre en la mañana;
el eco de tus pasos
repite la montaña.
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!
En las sombrías torres
repican las campanas...
No te verán mis ojos;
¡mi corazón te aguarda!

(A. MACHADO, *Soledades*)

También podría haber expresado su nostalgia diciendo: «Mi alma tiene sed de ti, mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua» (Sal 63,2). «Se consumen mi corazón y mi carne por ti, mi heredad perpetua» (Sal 73,26). «Extiendo mis brazos hacia ti; tengo sed de ti como tierra reseca. Escúchame enseguida, que me falta el aliento. No me escondas tu rostro» (Sal 143,6-7). «Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca; tiene sed de ti» (Sal 42,2). «Tu rostro buscaré, no me escondas tu rostro» (Sal 27,8).

El Principito deseaba ardientemente disfrutar de la intimidad con su flor. Comunicando su misterio y acogiendo el de la rosa soñaba crear una comunión de vida y corazones. Quería verter en ella todo lo que sentía, vivía, creía, experimentaba. Con sus palabras y sus gestos deseaba fundirse con ella en un abrazo entrañable, en una caricia serena, en una donación cargada de ternura.

Sus deseos eran irrealizables: un abismo infranqueable le separaba de la rosa. Tenía que contentarse con contemplar, con los ojos cuajados de nostalgia, la noche estrellada. «Las estrellas son preciosas gracias a una flor que no se ve», se repetía hasta que era vencido por el sueño.

La añoranza de la flor le llevará a ir fraguando poco a poco, en la soledad ondulada del desierto, un plan para poder reunirse con ella. La oferta emponzoñada de la serpiente –«al que toco le hago volver a la tierra de la que vino»– le ofrecía una tentadora solución... Además le daba la oportunidad de dar una prueba rotunda y fehaciente de su amor (Jn 15,13)... Y siguió acariciando su sueño...

DEJARSE EMBRUJAR

DUÉRMETE, NIÑO

La mayoría de los niños pueden estar saltando y brincando, pero cuando caen en la cama se duermen de un tirón. Parece que tienen pilas alcalinas: se les agota la energía de golpe.

Otros nunca ven llegado el momento de irse a la cama. Se resisten como novillos y berrean como verracos a la hora de irse a dormir. Javier, un chavalote sano y hermoso, era uno de ellos. Cada vez que nos juntábamos en casa de sus padres para tener la reunión de fraternidad, lloraba desconsoladamente, tensando los nervios de la concurrencia, hasta que finalmente era vencido por Morfeo.

Todo hubiera continuado así si sus padres no se hubieran hecho con el libro *Duérmete, niño*, escrito por el psicólogo catalán Eduard Estivil en colaboración con Silvia de Béjar. El método es extraordinariamente eficaz y simple: supone repetir cada noche una serie de gestos en el mismo orden mediante los cuales el niño se va serenando y despidiéndose de las personas y cosas queridas, de forma que, cuando finalmente cae en la cama, se queda pacíficamente dormido.

Estos ritos, que con variantes repetimos todos los adultos, son una auténtica liturgia, como la que el zorro enseñó al Principito.

La liturgia, sacra o profana, es fundamental en la vida personal y social de los humanos. Tiene una especial densidad cuando se vive en las relaciones de amor o de amistad. Este mundo es el que el zorro hizo descubrir al Principito.

EL PRINCIPITO Y EL ZORRO

Mientras el Principito metabolizaba su dolor apareció el zorro. Solo con él llegará a establecer una auténtica relación de amistad, pero para eso era preciso dejarse embrujar. Este era un concepto nuevo para nuestro protagonista.

–¿Qué quiere decir embrujar?

–Tú no eres de aquí –dijo el zorro–. ¿Qué estás buscando?

–Busco a los hombres –contestó el Principito–. ¿Qué quiere decir embrujar?

–Los hombres tienen escopetas, cazan... –dijo el zorro–. Es muy desagradable. También crían gallinas. Es lo único interesante. ¿Buscas gallinas?

–No –dijo el Principito–. Busco amigos. ¿Qué quiere decir embrujar?

–Es algo demasiado olvidado. Embrujar significa crear vínculos.

–¿Crear vínculos?

–Exactamente –dijo el zorro–. De momento eres para mí solamente un chavalín muy parecido a cien mil chavalines. No te necesito, y tú a mí tampoco. Soy solo un zorro parecido a otros cien mil zorros. Si tú me embrujas no podremos vivir el uno sin el otro. Tú serás para mí alguien único en el mundo... Yo seré para ti único en el mundo...

–Estoy empezando a entender –dijo el Principito–. Hay una flor que me parece que me ha embrujado...

Cuando alguien se deja embrujar por otro, cuando se establece entre ellos una relación de amistad, la realidad queda transfigurada. Hasta las pisadas, que asustan habitualmente al zorro, cuando sean las del amigo serán una fuente de gozo que alertarán su corazón para acogerle.

Dejarse embrujar supone tiempo, dedicación, cariño para ir acortando distancias.

–Hay que saber esperar –respondió el zorro–. Al principio tú te sentarás en la hierba, un poco alejado de mí. Te miraré con el rabillo del ojo y tú permanecerás en silencio. La palabra siempre es fuente de malentendidos. Cada día podrás sentarte un poco más cerca...

Y también toda una liturgia *ad usum privatum* que es preciso crear.

El Principito volvió al día siguiente.

–Hubiera sido mejor volver a la misma hora –dijo el zorro–. Si, por ejemplo, vienes a las cuatro de la tarde, comenzaré a estar contento desde las tres. Cuanto más corra el tiempo más feliz me sentiré. A las cuatro estaré inquieto y nervioso: ¡así descubriré el precio de la felicidad! Si apareces a cualquier hora nunca sabré cuando he de empezar a preparar el corazón... La liturgia es importante.

–¿Qué es la liturgia?

–Es algo bastante olvidado. La liturgia hace que un día sea distinto de los demás días, una hora de las otras horas. Entre los cazadores, por ejemplo, existe una liturgia. Los jueves bailan con las chicas del pueblo, por eso el jueves es un día maravilloso. Puedo dar un paseo hasta la viña. Si los cazadores fueran a bailar cualquier día, todos los días serían iguales y no existirían las fiestas.

Poco a poco se fue forjando una profunda amistad entre el zorro y el Principito. Cada uno empezó a sentirse responsable del otro y a ver la vida con sus pupilas. Quizás por eso fue tan dura la separación. Antes de hacerlo el zorro le reveló un secreto.

–Este es mi secreto. Es muy sencillo: «Solo se ve con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos».

–Lo esencial es invisible a los ojos –repitió el Principito para no olvidarlo.

–El tiempo que has perdido con tu rosa es lo que la ha hecho tan especial.

–El tiempo perdido con mi rosa... –repitió el Principito para no olvidarlo.

–Los hombres han olvidado esta verdad, dijo el zorro. Procura no olvidarla. Uno se hace eternamente responsable de lo que embruja. Tú eres responsable de tu rosa...

–Soy responsable de mi rosa –repitió el Principito para no olvidarlo.

EL SECRETO DEL ZORRO

Para Javier, sin saberlo, la liturgia es importante: le permite dormirse plácidamente cada noche. Para el zorro también. Solo los que, como ellos dos, preparan el corazón para dejarse sorprender por el sueño o por alguien son capaces de entregarse a él.

Para el zorro una liturgia viva, cargada de contenido, hacía un día diferente a otro, una hora diferente a las demás. Poniendo el corazón en cada gesto del ritual se iba preparando para abrirse al don de la amistad.

Su amistad con el Principito se fue fraguando así, poco a poco, a fuego lento. Se dedicaron tiempo para acortar distancias, vencer prejuicios, acercar las vidas. Sin esa inversión hubiera sido imposible que entre sus vidas se fueran trenzando unos vínculos de confianza, ternura y cariño, hasta quedar finalmente recíprocamente embrujados. El que inicialmente había sido un zorro más, se convirtió en alguien único e irrepetible. La simple sombra de una separación vidriaba sus ojos y laceraba sus corazones.

Entre ellos se estableció una amistad entendida como la que describía hace años Faguet: «Una confianza del corazón que conduce a buscar la compañía de otro hombre o mujer elegido por nosotros entre los restantes y a no tener miedo de él, a esperar de él apoyo, a desearle el bien, a buscar ocasiones de hacérselo, y a convivir con él lo más posible».

La amistad entre el zorro y el Principito llegó a ser tan profunda que muchas veces podían estar en silencio juntos, en una comunión profunda de corazones, sin necesidad de tener que decirse nada. Disfrutando de la compañía del otro tenían bastante. Al fin y al cabo, muchas veces, las palabras son fuentes de malos entendidos:

Cuando las palabras son solo un estorbo y la afinidad completa, lo único que queda es la contemplación.

(A. LOZANO, *Los semáforos en rojo*)

Los silencios entre amigos constituyen auténticas conversaciones. Lo importante no es lo que se dice, sino lo que jamás resulta preciso decir.

(M. LEE RUNBECK, *Amistad*)

La comunión profunda entre estos dos amigos les permitirá poco a poco aprender a ver la vida con los ojos del otro, a mirarse con el corazón. Hasta el trigo empezó a ser importante para un animal carnívoro como el zorro...

Su relación era totalmente gratuita. No buscaban el propio interés, sino el del otro. Se encontraban para entregarse, y dándose recibían lo mejor de sí mismos. Superaban sus propios egoísmos y encontraban la suma de dos generosidades.

Y todo en un clima de respeto profundo a la libertad del otro. Se dejaban libres para ser lo que quisieran ser –un cazador empedernido de gallinas y un príncipe perdidamente enamorado de una rosa– y se ayudaban mutuamente a ser lo que deberían ser:

La verdadera amistad consiste en dejar que el amigo sea lo que él es y quiere ser, ayudándole delicadamente a que sea lo que debe ser.

(P. LAÍN ENTRALGO, *Sobre la amistad*)

La amistad entre el zorro y el Principito recuerda la que nació entre David y Jonatán:

Jonatán se encariñó con David; lo quiso como a sí mismo. Jonatán y David hicieron un pacto, porque Jonatán lo quería como a sí mismo; se quitó el manto que llevaba puesto y se lo dio a David, y también su ropa, la espada, el arco y el cinto (1 Sam 18,2-4).

Entre el heredero del trono y el futuro rey de Israel se estableció una profunda amistad. Quedaron literalmente embrujados uno del otro, amándose más que a ellos mismos. Como expresión del deseo de que su amistad fuera para siempre, sellaron una alianza que se expresó con la entrega de la propia ropa –la propia intimidad en la cultura bíblica– y de las armas para simbolizar que entre ellos no habrá nunca litigio, agresividad o competitividad, sino un cariño profundo y una confianza ilimitada.

La hondura de su amistad quedará puesta de manifiesto en los momentos difíciles: Jonatán tomará partido por David delante de su padre Saúl, arriesgando su propia vida. Cuando tengan que separarse por motivos de seguridad se abrazarán llorando los dos copiosamente (1 Sam 20,41). La muerte del amigo llevará al joven rey a escribir una elegía en la que, entre otras cosas, afirmará:

¡Cómo cayeron los valientes en medio del combate!
¡Jonatán, herido en tus alturas!
¡Cómo sufro por ti, Jonatán, hermano mío!
¡Ay, cómo te quería! Tu amor era para mí
más maravilloso que amorío de mujeres
(2 Sam 1,25-26).

Como David, también el zorro llorará copiosamente cuando tenga que separarse de su amigo. Fue el precio que gustosamente tuvo que pagar por haberse dejado embrujar por el Principito. Cuando alguien ha llegado a ser para otro único en el mundo no se puede partir sin romperle el corazón.

Miguel Hernández que, a pesar del abismo ideológico que les separaba, llegó a ser un gran amigo de su paisano Ramón Sijé, expresó así el dolor que le produjo su muerte:

Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.
Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.
No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.
Ando sobre rastros de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

(M. HERNÁNDEZ, *Elegía*)

También san Agustín narró con desconcertante sinceridad y expresivas palabras el estado anímico y el dolor que le produjo la muerte de su amigo:

Suspiraba, lloraba, me conturbaba y no hallaba descanso ni consuelo. Llevaba yo el alma rota y ensangrentada, como rebelándose de ir dentro de mí, y no hallaba donde ponerla. Ni en los bosques amenos, ni en los juegos y los cantos, ni en los lugares aromáticos, ni en los banquetes espléndidos, ni en los deleites del lecho y del hogar, ni siquiera en los libros y en los versos descansaba yo. Todo me causaba horror, hasta la misma luz; y todo cuanto no era lo que él era, aparte el gemir y el llorar, porque solo en esto encontraba algún descanso, me parecía insoportable y odioso.

(SAN AGUSTÍN, *Confesiones*)

Decididamente la amistad es un gran regalo que hay que valorar justamente, cuidar con esmero y cultivar con paciencia. Es como la mermelada en el pan con mantequilla de cada desayuno. Con razón afirma la Escritura:

El amigo fiel es refugio seguro;
quien lo encuentra, encuentra un tesoro;
un amigo fiel no tiene precio
ni se puede pagar su valor;
un amigo fiel es un talismán:
quien respete a Dios lo consigue (Eclo 6,14-16).

ES PELIGROSO ASOMARSE

PASO A NIVEL

Hace ya muchos años las carreteras de nuestro país eran estrechas, mal asfaltadas e inseguras. Era normal que estuvieran atravesadas por las vías férreas en unos puntos denominados pasos a nivel, galicismo a todas luces innecesario ya que es evidente que los cruces no son aéreos ni subterráneos, sino a la altura del suelo. Los había, y los sigue habiendo en la red secundaria, de dos clases: con y sin barreras.

Estos últimos estaban convenientemente señalizados por unas grandes aspas con dos frases cruzadas: «ojo al tren, paso sin guarda». Aún hoy, cuando de vez en cuando descubro su austera e inconfundible silueta en el recodo de un camino, su visión despierta en mí entrañables recuerdos de la infancia.

Cuando, en aquellos eternos veranos, íbamos desde Jerez a la playa en un desvencijado Opel negro, matrícula de Jaén, que mi padre había comprado de segunda mano, el único aliciente para hacer menos pesado el desplazamiento era toparnos con aquella señal de tráfico. Hay que tener en cuenta que, para cubrir los apenas doce kilómetros que nos separaban del mar, empleábamos casi una hora en la que debíamos permanecer relativamente inmóviles, y peleándonos lo imprescindible, si no queríamos oír: «Estar quietos o volvemos a casa».

En cuanto descubríamos la señal, iniciábamos un reiterado y reiterativo juego que nos ayudaba a matar el tiempo. Se trataba de ir combinando las palabras de la frase de la forma más ingeniosa posible. Así cabía leer:

Ojo al paso, tren sin guarda.
Ojo al guarda, paso sin tren.
Tren al ojo, paso sin guarda.
Tren al paso, guarda sin ojo.

A las personas mayores les encantaría que les facilitara el número exacto de posibilidades. Son así. Les encantan las cifras. También les gustaría que precisase si se trata de un problema de variaciones, permutaciones o combinaciones. A los que amamos la vida y somos capaces de divertirnos con cosas tan sencillas, esas otras nos tienen sin cuidado.

Los pasos a nivel con barrera eran otra cosa. Al pie del cruce había una vivienda más o menos elemental donde vivía el guardabarrera, un, a menudo, filosófico paisano al que la administración pagaba un sueldo por tender una doble cadena que cortaba el tráfico automovilístico cada vez que un tren se acercaba al lugar. Por aquel entonces, la colocación, que es como llamamos en Andalucía a un puesto de trabajo, me parecía envidiable. Permitía ganar el pan con poco esfuerzo, vivir en el campo, disfrutar de ese olor inconfundible que emanaba de las renqueantes máquinas de vapor, gozar de la soledad, saludar como distraídamente a los viajeros y, sobre todo, disponer de mucho tiempo libre.

Cuando era niño había un paso a nivel de estos en la carretera de Jerez al Puerto de Santa María, a la altura de la denominada, y hoy desaparecida, Cuesta del Chorizo donde, casi inevitablemente debíamos detenernos, bajo un sol de justicia, cada vez que íbamos a la playa.

El guardabarrera aquel vivía en una casita baja, reluciente de cal, con geranios en las ventanas, y un emparrado de campanillas azules bajo el que el hombre pasaba las horas muertas aliviando, de vez en cuando, la sed con un botijo rezumante. Alrededor de la vivienda pululaban gallinas alocadas y en la parte trasera gruñía un cerdo.

Para colmo de dicha, aquel guardabarrera era también un guardagujas. A mis ojos de niño ese hombre era como un semidiós que tenía el poder de hacer que aquellos humeantes y asmáticos trenes, cuyo paso aguardábamos para proseguir el viaje, se dirigieran hacia Sanlúcar o Cádiz. No se podía pedir más a la vida. En las grandes manos de aquel hombre menudo había un poderío que no dejaba de sorprenderme.

Probablemente el guardagujas de la Cuesta del Chorizo se parecía bastante al que un día se encontró el Principito.

EL PRINCIPITO Y EL GUARDAGUJAS

Tras despedirse del zorro, procurando guardar bien el secreto que le había revelado, el Principito continuó su camino. Sus pasos le condujeron hasta un paso a nivel. Se quedó muy intrigado con el trabajo que hacía el primer hombre que veía en su vida.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el Principito.

—Clasifico viajeros en lotes de mil —respondió el guardagujas—. Doy paso a los trenes que los

transportan, hacia la derecha o hacia la izquierda.

Un rápido con las luces encendidas, rugiendo como un trueno, hizo temblar la caseta de agujas.

-Tienen mucha prisa -dijo el Principito-. ¿Qué buscan?

-Eso no lo sabe ni el maquinista -dijo el guardagujas.

Un segundo rápido, con las luces encendidas, pasó atronando en dirección contraria.

-¿Ya están de vuelta? -preguntó el Principito.

-No son los mismos -respondió el guardagujas-. Es un cruce de trenes.

-¿No estaban contentos donde estaban?

-Nadie está contento donde está -dijo el guardagujas.

Un tercer rápido, con las luces encendidas, pasó atronando.

-¿Están persiguiendo a los otros viajeros? -preguntó el Principito.

-No persiguen absolutamente nada -contestó el guardagujas-. Duermen o bostezan. Solo los niños aplastan sus narices contra los cristales.

-Solo los niños saben lo que quieren -dijo el Principito-. Pierden el tiempo con un osito de peluche y así acaba siendo algo muy importante para ellos. Lloran cuando alguien se lo quita...

-Tienen mucha suerte -dijo el guardagujas.

EL MISTERIO DE UN GUARDAGUJAS

El guardagujas del cuento, aparte de tener en sus manos el poder de desplazar los raíles móviles que le permitían orientar en una dirección u otra a los ferrocarriles que pasaban por su caseta, se ocupaba en hacer lotes de viajeros y dar paso a los trenes.

Hacía lotes de viajeros con la misma naturalidad que otros lo hacen con productos de limpieza o cosmética. Al fin y al cabo aquellas personas, perdiendo el sentido de la vida, se habían transformado en seres a los que se podía manejar con relativa facilidad.

Para el guardagujas, las personas mayores eran seres radicalmente insatisfechos que huían de su vacío interior en un ir y venir sin sentido. Perpetuamente descontentas del lugar donde les había colocado la existencia, buscaban en el movimiento un porqué para poder seguir viviendo. ¿Recuerdan aquella ardilla del poema?:

Tantas idas y venidas,
tantas vueltas y revueltas,
dime, amiga muy querida,
¿son de alguna utilidad?

Este ir y venir lo hacen entre sueños y bostezos. Duermen o bostezan incapaces de asomarse a las ventanas de la vida dejándose sorprender por ella. Tienen prisa

por llegar a ninguna parte. Perpetuamente descontentos, no persiguen absolutamente nada. Incapaces de percibir su vida interior, viven en la superficie, como una mancha de chapapote, dejándose arrastrar por las olas, las corrientes y las mareas. Verdaderamente son seres insustanciales, sin peso ni consistencia, que evitan todo contacto con una realidad que puede hacerles salir de su sopor vital y obligarles a actuar en la historia.

Para el guardagujas, solo los niños y los que han conservado su mirada desafiando el paso del tiempo, viven una existencia interesante. Desoyendo el consejo de la RENFE, «es peligroso asomarse al exterior», pegan sus narices a los cristales dejándose interpelar por cuanto encuentran en su camino.

Su comportamiento es arriesgado. Es más seguro vivir dormitando o permanecer confortablemente instalado en la sala de espera de la existencia que dejándose afectar por la realidad. Es una actitud perfectamente compatible con el hecho de acumular datos sobre la situación social, política y económica del mundo. Se puede estar muy informado sobre la realidad sin que eso toque el núcleo de la propia existencia.

Asomarse al exterior con frecuencia puede desgarrarnos el corazón. Solo los niños lo hacen sin blindarlo. Hacerlo con los cinco sentidos despiertos es lo único que acaba cambiando el estilo de vida personal. Sacar la cabeza por la ventanilla, acariciando la vida con la mirada, olfateando el olor de la injusticia, escuchando los gemidos de los empobrecidos, paladeando el sabor de la marginación, tocando las consecuencias de la insolidaridad, hace que se vaya aprendiendo a percibir la historia y la existencia con una sensibilidad nueva. Sensibilidad que, tarde o temprano, acaba cristalizando en una toma de postura.

Asomarse al exterior es peligroso: no se puede contemplar impunemente el rostro del pobre. Hacerlo lleva casi irremediabilmente a tomar partido por su causa. De ahí brota el compromiso social y político en el que muchos cristianos militan. Todos estos voluntarios, integrados o no en ONG, no deben contentarse con ofrecer sus manos para aliviar el dolor ajeno, sino que deben prestar su voz y su cabeza para ir transformando la realidad de forma que llegue un día en que su servicio sea innecesario.

Podríamos afirmar que a buena parte del voluntariado de acción social le sobran manos para trabajar y corazón para conmoverse inicialmente con el sufrimiento ajeno; pero a este voluntariado le falta cabeza para pensar y voz para denunciar aquello que ve, aquello que le duele y que, sencillamente, es injusto. Al benevolente y funcional voluntario, le ha de sustituir, o en todo caso acompañar, el voluntario que quiere cambiar las cosas, que pone voluntad a la acción y acción a la voluntad. La voz de la denuncia que finalmente propone, la cabeza que piensa sin olvidarse del

corazón que sangra, son dos dimensiones que las organizaciones de voluntariado deberían asumir y desarrollar.

(L. ARANGUREN, *Cartografía del voluntariado*)

Este fue el estilo y el talante de Jesús. No se contentó con conmovearse por la situación de un pueblo hambriento que vivía como ovejas sin pastor (Mc 3,34). Además de ingeniárselas para darles de comer (Jn 6,4-12) anunció con hechos y palabras un Reino donde los hombres vivirían fraternalmente al reconocer como Padre al mismo Dios (Mc 1,15). Desgraciadamente para muchos, sus propuestas no cuentan.

Si somos de los que tememos aplastar las narices contra los cristales de la vida, por lo menos no arrojemos objetos a la vía, como nos recomienda RENFE. Los que transitan por las vías de la solidaridad y el compromiso ya tienen bastantes cristales rotos en los que desgarrarse la piel y el corazón. Con frecuencia, han de dejar jirones de su propia existencia en su empeño por alumbrar el mundo nuevo donde reinen la justicia, la solidaridad, la paz y la libertad. Y la verdad es que solo los que viajen en esos trenes llegarán un día a la estación Termini donde no habrá llanto, ni hambre, ni lágrimas, ni dolor, ni Norte, ni Sur (Ap 21,4).

Mirar el exterior no debe nunca endurecernos el corazón. Congelarlo es un mecanismo de defensa en el que es fácil caer. Por el contrario es preciso dar rienda suelta a la ternura y, como los niños, acunar un osito de peluche hasta que sea algo importante para nosotros. Solo así la lucha por un mundo más justo y fraterno no nos quemará. Al contrario, nos creceremos en las dificultades e iremos madurando en humanidad.

Acunar la realidad, ponerla cerca del corazón, hace brotar vida en lo que solo parecía un muñeco de trapo. Aunque contemplar la vida a veces pueda escocernos la mirada, es preciso mantener despierto el corazón.

Vivir como un niño, ser como el Principito, supone asomarse al exterior y a la vez acunar un osito de peluche hasta que, si nos separasen de él, los ojos se nos inundasen de lágrimas. Para poder perseverar en esa actitud conviene pedirle a Dios frecuentemente que ni el dolor, ni la injusticia, ni la guerra, ni la mentira, ni el futuro de la humanidad, nos dejen indiferentes.

Solo le pido a Dios
que el dolor no me sea indiferente,
que la reseca muerte no me encuentre
vacío y solo sin haber hecho lo suficiente.

Solo le pido a Dios
que lo injusto no me sea indiferente,
que no me abofeteen la otra mejilla
después que una garra me arañó esta suerte.
Solo le pido a Dios que la guerra no me sea indiferente,
es un monstruo grande y pisa fuerte
toda la pobre inocencia de la gente.
Solo le pido a Dios
que el engaño no me sea indiferente,
si un traidor puede más que unos cuantos,
que esos cuantos no lo olviden fácilmente.
Solo le pido a Dios
que el futuro no me sea indiferente,
desahuciado está el que tiene que marchar
a vivir una cultura diferente.

(L. DIEGO, *Solo le pido a Dios*)

PÍLDORAS REVOLUCIONARIAS

HACER TIEMPO

En uno de esos días no lectivos que periódicamente nos regala la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid me fui al Retiro con un libro dispuesto a pasar la mañana. Cuando llevaba un rato leyendo llegó un anciano, y sin mediar palabra, se sentó a mi lado. De vez en cuando le miraba por el rabillo del ojo: permanecía silencioso, tomando el tibio sol, contemplando el despertar de la primavera, observando los juegos de los niños, escuchando el canto de los pájaros...

Cuando ya me iba le pregunté:

–Perdone la curiosidad, ¿qué hace usted?

–Hago tiempo –fue su escueta respuesta.

Me quedé desconcertado. En una ciudad acelerada, donde habitualmente vamos corriendo para, casi siempre, llegar tarde a todos los sitios, conocer a alguien que hacía tiempo, era algo bastante insólito. Su talante y actitud eran toda una invitación a vivir de otra manera.

El Principito era como aquel buen hombre: si hubiera tenido tiempo hubiera ido, recreándose en la suerte, a buscar agua en aquella escondida fuente que mana y corre.

PÍLDORAS PARA QUITAR LA SED

Tras despedirse del guardagujas, el Principito se encontró con un vendedor de unas píldoras revolucionarias que, tomadas semanalmente, quitaban la sed. El Principito se interesó por un invento tan prodigioso.

–¿Por qué vendes eso? –dijo el Principito.

–Supone un gran ahorro de tiempo –dijo el vendedor–. Los técnicos han hecho cálculos: se economizan cincuenta y tres minutos a la semana.

–¿Y qué hacen con esos cincuenta y tres minutos?

–Lo que les da la gana...

«Si yo tuviera cincuenta y tres minutos para hacer lo que me diese la gana, se dijo el Principito, caminaría pasito a pasito hacia un manantial...».

EFICACIA Y GRATUIDAD SE BESAN

En la España de la posguerra, en un país empobrecido, que era preciso sacar del subdesarrollo con el esfuerzo mancomunado de todos, se nos repetía con frecuencia: «el tiempo es oro». O bien, en su versión más piadosa, «el tiempo vale tanto como Dios». Ambas formulaciones inculcaban el mismo valor: el tiempo es algo muy valioso que es preciso aprovechar.

El resultado de una educación así, hizo de la mayoría de nosotros, hombres y mujeres laboriosos, diligentes, siempre ocupados, temerosos de desaprovechar algo cuyas pérdidas son siempre irreparables y que es tan precioso como el oro e incluso como Dios. Un himno litúrgico canta:

Comienzan los relojes
a maquinar sus prisas
y miramos el mundo,
comienza un nuevo día.
Comienzan las preguntas,
la intensidad, la vida;
se cruzan los horarios,
qué red, qué algarabía.

(Himno de Laudes)

La laboriosidad, el trabajo, la eficacia, la eficiencia y la efectividad son valores, pero no absolutos. Cuando llegan a serlo el hombre vive roto, astillado, dividido y solicitado por mil ocupaciones. El trabajo, en vez de ser una fuente de realización personal, se transforma en algo que acelera, estresa y agota:

El trabajo nos urge,
nos concentra y astilla.
Poco a poco la muerte
nos hiere y purifica.

(Himno de Sexta)

La competitividad propia de nuestra civilización hace que esos valores sigan siendo hoy apreciados y enaltecidos. Para triunfar en nuestro mundo es preciso seguir siendo una persona agresiva, eficaz, laboriosa, eficiente. Y si para ello es

preciso sacrificar la interioridad, la vida familiar o el descanso, hay que estar dispuesto a hacerlo. Lo que Charles Chaplin describía en *Tiempos modernos* (1935) como una parodia se ha hecho, en muchos sitios, una dolorosa realidad. Me siento inclinado a pensar que si hoy alguien inventara una píldora para quitar la sed haría su agosto...

Frente a un mundo así, probablemente como reacción, la posmodernidad propugna la gratuidad. Una gratuidad entendida como una forma de acercarse a la vida sin dominarla, explotarla, ni acapararla. Es como acercarse a una flor, contemplarla, olerla, acariciarla, sin pretender poseerla ni dejarse poseer.

Una actitud así hace posible disfrutar de las pequeñas cosas. Escribía Manuel Vicent en su columna de *El País*:

Entre los jóvenes más lúcidos ha comenzado a renacer ahora un nuevo modelo de propiedad, algo que ningún conde latifundista les podrá arrebatar nunca: el sentido próximo de las cosas. Una agradable conversación en el bar, el vuelo de un pájaro, el color románico de los membrillos, ensimismarse contemplando una lagartija en la grieta de un sillar, mojar pan de pueblo con aceite virgen de oliva, oler hasta el éxtasis una manzana, inmiscuirse en una tarde de lluvia por las calles de la ciudad, acariciar una silla antigua como si fuera una novia, percibir los filamentos de oro que el sol extrae del musgo en la tapia, dejar que pasen las horas lentamente sobre la armonía de los pequeños placeres. Poseer las cosas estriba en aspirar el aroma de infancia que ellas exhalan. El Derecho Romano tiene un perfume de heno, y la nueva estética consiste en no ser propietario de nada, pero hacerse con todo por medio de los sentidos. Es barato, no es ilegal, no tributa a Hacienda. Uno solo es rey de su nariz. Y con la nariz se llega al fondo de la gloria.

El desafío que se nos plantea es llegar a armonizar la eficacia con la gratuidad, la dispersión con la unidad, la aceleración con la contemplación. Y además lograrlo en una ciudad convulsa y acelerada donde vive buena parte de la población.

Guillermo José Chaminade, fundador de la familia marianista, proponía a sus seguidores, para mantener la paz interior en medio de una vida profundamente activa, lo que él llamaba el silencio del espíritu:

El silencio del espíritu consiste en centrarlo en el pensamiento en que debe ocuparse. Es decir, practicar este silencio consiste en desterrar todo pensamiento inútil para mantener el espíritu en el objeto que debe ocuparse.

(G. J. CHAMINADE, *Escritos y palabras*)

Lo que cansa, lo que astilla, lo que divide interiormente al hombre no es la cantidad de cosas que tiene que hacer, sino el no centrarse en la que tiene entre

manos. Con relativa frecuencia mientras se ejecuta una cosa se está programando la que a continuación se debe hacer. El silencio del espíritu pretende ayudarnos a estar con los cinco sentidos en lo que se está realizando. Entronca con la tradición oriental, recién descubierta por occidente, y con la monástica formulada en el aforismo latino «haz lo que haces».

El silencio del espíritu parte de la convicción de que lo único real es el presente: el pasado ya no existe y el futuro es solo una posibilidad. Vivir en el presente y disfrutarlo es el desafío. En cierto modo es redescubrir, pero en profundidad, el *carpe diem*, el «aprovecha el instante», popularizado por el inolvidable protagonista de la película *El club de los poetas muertos*. Por ahí se entronca con la sensibilidad de buena parte de nuestros contemporáneos.

El silencio del espíritu no busca primeramente ni el autocontrol, ni la eficacia, ni la productividad, ni siquiera la perfección de lo que se está realizando, aunque indirectamente colabora a conseguirlo, sino el estar totalmente presente en lo que se está haciendo. Realizando con intensidad lo que en cada momento hay que ejecutar se consigue la unidad interior y permite la armonía y la paz aun en una vida tremendamente activa. En cierto modo tiende a lograr que la eficacia y la gratuidad se besen.

Si además lo que se está haciendo lo vive uno como la voluntad de Dios, entonces miel sobre hojuelas. Algo de todo esto subyace en el poema de la monja andariega, maestra de contemplación en medio de una acción desbordante.

Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?
Si queréis que esté holgando,
quiero por amor holgar.
Si me mandáis trabajar,
morir quiero trabajando:
decid dónde, cómo, cuándo,
decid, dulce Amor, decid:
¿Qué mandáis hacer de mí?

(SANTA TERESA DE JESÚS,
Vuestra soy)

EL AGUA QUE ALIMENTA EL CORAZÓN

UN SACRAMENTO DE VIDA

En una marcha volante con un grupo de adolescentes por los Picos de Europa, una de las etapas suponía subir la canal de Trea, un repecho eterno y casi vertical. Madrugamos con la ilusión de alcanzar la cima, pero ni el camino era tan claro como creíamos, ni el guía tan experto, ni los mapas tan precisos. Caminamos durante horas, bajo un sol encendido, sin provisión de agua, dejándonos la piel en los piornos y el alma en los riscos.

Un cansancio inmenso nos fue invadiendo y un desánimo generalizado adueñándose del grupo. La tentación de tirar la mochila y tumbarse en el suelo se presentaba como una alternativa seductora.

Cuando al caer la tarde, agotados y deshidratados, divisamos finalmente el refugio, nadie tenía fuerzas para seguir adelante. Inesperadamente, uno de los chicos, sin dar ninguna explicación, tiró la mochila, cogió una cantimplora y, con un esfuerzo sobrehumano, trepó monte arriba. Volvió a los pocos minutos, sudoroso y extenuado, con agua fresca.

Bebimos con avidez y fruición. Aquella agua era distinta a todas las que habíamos probado. Sabía a entrega, generosidad, esfuerzo, ternura. Fue para nosotros eso que Leonardo Boff llama un sacramento de la vida. La que también el Principito bebió en el desierto del Sahara.

LA SED DE UN PRÍNCIPE

El aviador, en sus conversaciones con el Principito, pudo ir poco a poco reconstruyendo su historia. Al ir escaseando el agua decidieron buscar un pozo para el abastecimiento.

Los pozos del Sahara son simples agujeros excavados en la arena. Lo sorprendente fue encontrar uno convencional a pesar de encontrarse muy alejados de cualquier lugar habitado.

El desierto y la caminata hicieron que el Principito sintiera sed. Era una sed muy especial que no se saciaba con cualquier agua.

*–¡Qué curioso! –dijo al Principito–. Todo está preparado: la roldana, el cubo, la cuerda...
 Rió, acarició la cuerda e hizo girar la roldana. La garrucha chirrió como rechina una vieja
 veleta cuando el viento lleva mucho tiempo dormido.
 –¿Te das cuenta? –dijo el Principito–. Hemos despertado al pozo y se ha puesto a cantar.
 Quise evitarle el trabajo:
 –Déjame a mí –le dije–. Pesa demasiado para ti.
 Icé lentamente el balde hasta el brocal. Lo asenté bien. En mis oídos seguía resonando el canto
 de la roldana. En el agua, que temblaba aún, vi estremecerse al sol.
 –Tengo sed de esta agua –dijo el Principito–. Dame de beber.
 Comprendí lo que estaba buscando.
 Levanté el pozal hasta sus labios. Bebió con los ojos cerrados. Todo era una fiesta. Aquella agua
 era mucho más que un alimento. Había brotado del caminar bajo las estrellas, del canto de la
 roldana, del trabajo de mis brazos. Era buena para el corazón. Un auténtico regalo. Cuando era
 pequeño la fascinación del regalo navideño que recibía, brotaba de la luz del árbol de Navidad, de
 los villancicos, de la Misa del Gallo, de la ternura de las sonrisas.*

Aunque la mayoría de los hombres lo ignoran, el agua que apaga ese tipo de sed puede encontrarse en una rosa o en un pozal. Pero para eso es preciso contemplar las cosas con el corazón...

Después de beber, el Principito le pidió al aviador que le pintara el prometido bozal para su ovejita. Él lo hizo con cariño y cuando se lo entregó intuyó que algo doloroso se acercaba. Barruntaba que la separación de su amigo se aproximaba y eso le producía un profundo dolor. Verdaderamente no puede uno dejarse embrujar impunemente...

UNA MONEDA DE VEINTE PENIQUES

El ser humano tiene la capacidad de trascender la realidad dándole un contenido simbólico. Asociando a un objeto determinado una experiencia personal, lo transfigura y le da la capacidad de evocarla. Así, una flor seca guardada entre las páginas de un libro, una semilla, un canto rodado, un reloj parado, una entrada de cine... pueden encerrar, en su aparente trivialidad, todo un mundo de recuerdos, sentimientos y sensaciones. Son auténticos tesoros para su dueño, por ese carácter cuasi sacramental que han adquirido. Para los demás mortales, que lo contemplan con los ojos y no con el corazón, serán cosas más o menos curiosas o intrascendentes.

El poeta leonés Andrés Trapiello, en su libro *Rama desnuda*, recoge un poema donde narra cómo una moneda de veinte peniques, laminada por el tren, llegó a ser para él un auténtico sacramento de la vida. Afirma que «es mucho más que la moneda que en realidad dejó de ser» y que, quizás, gracias a haber perdido su

valor numismático, podría comprar con ella todo lo que no tiene precio.

De todos los regalos que has traído
de la pequeña Irlanda (...)
de todos los regalos, te decía,
ninguno igualará jamás a esta moneda.
Cada vez que la mire
me acordaré de ti,
de aquel día en que fuisteis tú y tu amigo
paseando aburridos a la vía del tren,
junto a Landsdown Road,
y encima de un raíl la colocaste,
por ver lo que quedaba.
Ya lo has visto tú mismo:
el perfil de un caballo y el de un arpa
laminados y suaves a los dedos,
una cara que es cruz y una cruz que es ya música
de catorce silencios.
Podría parecer un sol sin brillo
o el metal melancólico de un lago,
o el oro que cayó desde poniente
o el final de tu infancia,
y en su oval superficie de algún modo
están las chucherías que con ella
pudiste haber comprado y no compraste.
Por eso es mucho más que la moneda
que en realidad dejó de ser entonces,
cuando curiosidad y tedio juntos,
y un poco de renuncia,
a las ruedas de hierro la entregaron.
Ya no tiene valor, eso es verdad,
el valor que los hombres un día le asignaran,
pero podré comprar con ella todo
lo que no tiene precio:
tiempo en primer lugar, pues cada vez
que mis dedos la rocen, me acordaré de hoy,
que me la diste, y de ti mismo,
de tu viaje a Irlanda, y de tu edad
trenzada todavía de sueños y de asombro,
de donde nace siempre plenitud y belleza (...).
Mas no solo recuerdos podré comprar con ella,
no solo el tiempo ido,
sino esta alegría que jamás morirá,
la de tu vuelta a casa,
la de abrir tus maletas e ir sacando
para todos nosotros los regalos,
esas jarras de guinness y la pala de hurley
mientras ibas contando
inspirado sin duda por Irlanda,
que jamás abandona a sus poetas,

tus ingenuas andanzas en Dublín,
como esa de poner, sobre las vías,
en la estación de Landsdown Road,
en unas horas de infinito vacío
estos veinte peniques inservibles
unidos para siempre ya a la vida.

(A. TRAPIELLO, *Veinte peniques*)

Para el Principito, el agua del pozo fue algo así como esa moneda laminada de veinte peniques. La travesía por el desierto había puesto a prueba su resistencia física. Agotado, deshidratado, quemado por el sol, azotado por el viento, había sucumbido. El último tramo del camino lo hizo dormido en brazos del aviador.

El descubrimiento inesperado de un pozo en el desierto le hizo exclamar: «Tengo sed de esta agua». No de un agua cualquiera, sino de esta que apaga la sed y sacia el corazón.

Al beberla descubrirá en ella lo que los hombres, por mucho que se agiten y se muevan, no conseguirán encontrar en toda la hidrosfera. Aquella agua encerraba en su seno la ternura del aviador, el trabajo de sus brazos, el canto de la roldana, el estremecimiento del sol en su oquedad temblorosa... Era como un regalo de Navidad.

Para el Principito, aquel sorbo de agua fue un sacramento de la vida. Para el aviador, el cuerpo lívido y trémulo del chaval que acuna en sus brazos. Su mirada no se detiene en una frente lívida, en unos párpados cerrados, en unos cabellos dorados acariciados por el viento. Contemplando su silueta con el corazón, perfora la superficie y descubre en él al amante fiel, profundamente enamorado de una rosa. En la fragilidad de la carne columbra un signo resplandeciente de amor.

Como el aviador y el Principito, cada persona tiene sus propios sacramentos de la vida, que conserva como un auténtico tesoro. Solo ella es capaz de valorar y descifrar su rico contenido simbólico.

Ser capaz de escuchar el lenguaje callado de las cosas, descifrar los signos, es una capacidad exclusivamente humana. Los demás seres vivos no la poseen. Solo el hombre, como escribe Leonardo Boff, puede descubrir en lo efímero lo permanente, en lo temporal lo eterno, en el mundo a Dios. Contemplando las cosas con el corazón, lo caduco se transfigura en una señal de la presencia de lo perenne, lo perecedero en símbolo de lo invariable, el mundo en el gran sacramento de Dios. Es decir, toda la vida adquiere un carácter sacramental. El

secreto para lograrlo es «mirar con el corazón», como le gustaba repetir al Principito.

Fue el zorro el que enseñó al Principito a mirar así. No es algo que se aprende en un abrir y cerrar de ojos: hay que saber esperar y dedicarle tiempo. Él mismo se quejaba de que muchos hombres, por su vida acelerada, han perdido en parte esa capacidad: «Los hombres ya no tienen tiempo para conocer las cosas», decía.

El zorro, que sabía esperar, conocía a fondo las cosas y la vida. Por eso podía afirmar: «El trigo no me sirve para nada. Los trigales no me dicen nada, pero como tú tienes los cabellos dorados, el trigo dorado me hará acordarme de ti. Y me encantará escuchar el canto del trigo acariciado por el viento...». Para él el trigo había llegado a ser un signo que evocaba la presencia de su amigo.

Solo una mirada contemplativa descubre el carácter simbólico y sacramental de la existencia. Perforando la aparente opacidad de la vida descubre en las cosas de este mundo otro mundo, el de las vivencias profundas, el de los valores asumidos, el del sentido que orienta el decurso de los días. Así la existencia adquiere una profundidad nueva, rica y trascendente, haciendo que las personas, las cosas y los acontecimientos sean únicos, irrepetibles, inigualables y fuente de vida. Afirma el catecismo:

En la vida humana, signos y símbolos ocupan un lugar importante. El hombre, siendo un ser a la vez corporal y espiritual, expresa y percibe las realidades espirituales a través de signos y símbolos materiales. Como ser social, el hombre necesita signos y símbolos para comunicarse con los demás mediante el lenguaje, gestos, acciones. Lo mismo sucede en su relación con Dios.

(Catecismo de la Iglesia católica, n. 1146)

Si necesitamos los signos y los símbolos para comunicarnos y expresarnos entre nosotros, lo mismo sucede para entrar en relación con Dios. A lo largo de los siglos la Iglesia ha empleado muchos y variados signos para comunicarse con su Señor. De entre ellos han privilegiado siete que están en las entrañas de los sacramentos.

Así, el baño bautismal remite al que purifica, santifica y justifica el corazón del hombre (1 Cor 6,11); la crismación con aceite, a la unción por el Espíritu (2 Cor 1,22); la comida eucarística, al banquete pascual en el que se recibe a Cristo, ya que el alma se llena de gloria y se nos da una prenda de la gloria futura (SC 47).

Descubrir estas cosas en el agua bautismal, en el aceite consagrado o en un pan partido supone tener unos ojos mágicos, abiertos a la vida e iluminados por

la fe, como esos que Pilar Paz deseaba dar al hijo que se entretejía en su seno:

Quiero darte unos ojos
donde puedan mirarse
las estrellas sin miedo.
Donde refleje el agua
su cándida ternura.
Unos ojos abiertos
al azul, encendidos
donde quepa el silencio,
donde rueda la luna.
Claros u oscuros, grandes
simplemente, asombrados.
Para encontrar con ellos
el secreto del viento,
los colores más puros.
Quiero darte unos ojos,
amor, para lo bueno,
para lo hermoso, para
que Dios quepa en el vidrio
sosegado y la lágrima
primera que los riegue.

(P. PAZ, *Sus ojos*)

LA SOMBRA LUMINOSA DE LA MUERTE

ANTES DE DESPUÉS

Con ocasión de la muerte de Narciso Yepes, su hijo Ignacio escribió una sentida composición para órgano de agua titulada *Antes de después*. El órgano de agua es un instrumento poco usual en el que la música se obtiene acariciando con los dedos, al igual que en la guitarra, una serie de tubos. La elección de este instrumento pone de manifiesto la voluntad del joven compositor de situarse en continuidad con su padre sin entrar en competencia con él.

Tuve la ocasión de escuchar por primera vez *Antes de después* en el monasterio vallisoletano de Santa María de Valbuena, sede de la Fundación *Las Edades del Hombre*, presentado por su propio autor. La composición describe el latido del corazón humano en los últimos momentos de la vida. Su ritmo se altera, se acelera, se resiste, se ralentiza, en una lucha sin cuartel contra la muerte y, paradójicamente, sigue latiendo cuando la dama del alba ha dicho su última palabra.

La partitura es una inequívoca profesión de fe de su autor en la Vida después de la vida. La muerte no ha detenido los latidos del corazón: simplemente le ha dado una pulsación distinta y una sonoridad nueva.

Contemplando las cosas desde esta orilla de la Vida solo escuchamos un latir ininterrumpido. Habremos de pasar la frontera de la muerte para poder llegar a escuchar la música nueva que cada persona ejecuta en el después en continuidad sonora con la que interpretó a lo largo de sus días.

Algo así es la muerte para el Principito: una sombra luminosa.

LA MUERTE ESTÁ EN EL DESIERTO

A instancias del Principito, el aviador se fue a continuar la reparación del avión dejándole solo junto al pozo. Cuando consiguió arreglarlo volvió a contarle a su amigo la buena noticia. Le sorprendió hablando con una serpiente.

Pudo oír una frase que le produjo una profunda inquietud: «¿Tiene garantía el veneno? ¿Estás seguro de que no tendré que sufrir durante mucho tiempo?».

Horrorizado, corrió en auxilio de su amigo. El ruido de los pasos alertó a la

serpiente, que se escurrió entre las piedras produciendo un inquietante sonido metálico. El Principito no dio ninguna explicación. Se limitó a afirmar:

–Yo también vuelvo hoy a mi casa.

Luego, con cierta melancolía, dijo:

–Está mucho más lejos... es mucho más difícil...

Sentí que algo mágico estaba ocurriendo. Lo achuché entre los brazos como a un niño pequeño, y tuve la sensación de que se me escurría verticalmente en un abismo sin que pudiera hacer nada por retenerle.

El Principito miraba profundamente, con la mirada perdida:

–Tengo tu ovejita, una caja para la ovejita, un bozal...

Sonreía con nostalgia.

Esperé un buen rato. Sentía que iba entrando poco a poco en calor.

–¿Tienes miedo, chaval?

Seguramente había tenido miedo. Sonrió tiernamente:

–Tendré mucho más miedo esta noche.

Nuevamente me sentí helado por la sensación de lo irreparable. Me di cuenta de que difícilmente soportaría la idea de no oír más su risa, que era para mí como un manantial en el desierto.

Al aviador le costó comprender la decisión tomada por el Principito. Aquella noche se cumplía el primer aniversario de su llegada a la Tierra. Este hecho hacía que su planeta estuviera ese día en la vertical del lugar exacto donde había tomado tierra. Con la ayuda de la serpiente podría emprender el vuelo de regreso a casa. Allí le esperaba una rosa que hacía que todas las estrellas estuvieran en flor...

Al aviador, que había sido embrujado por el Principito, le resultaba muy doloroso separarse de él, no volver a ver su rostro, no oír su risa. Su amigo le consoló con una promesa.

–Como yo viviré en una estrella, como reiré en una de ellas, cuando tú mires el cielo de noche, será para ti como si riesen todas a la vez. ¡Tendrás estrellas que saben reír!

Volvió a reírse.

–Cuando se te haya pasado la pena (siempre se acaba encontrando consuelo), estarás contento de haberme conocido. Serás siempre mi amigo. Tendrás ganas de reír conmigo. Abrirás la ventana por gusto... Tus amigos se extrañarán de verte reír mirando al cielo. Les dirás: «Las estrellas me hacen reír». Te tomarán por loco. Te habré jugado una mala pasada...

Y volvió a reírse.

–Es como si te hubiera regalado, en vez de estrellas, un racimo de cascabeles que supieran reír...

El Principito no quería hacer sufrir innecesariamente a su amigo, por eso le

pidió que le dejase solo esa noche: no quería que el aviador presenciara su muerte. Sin embargo, las cosas no fueron así:

Aquella noche lo vi ponerse en marcha. Se fue sin hacer ruido. Cuando conseguí darle alcance caminaba decidido, con paso rápido. Me dijo solamente:

—¿Estás ahí...?

Me cogió de la mano. Siguió reconcomiéndose:

—Has cometido un error. Lo pasarás mal. Dará la impresión de que me muero, pero no será verdad...

Yo guardaba silencio.

—Mi cuerpo será como un envoltorio viejo abandonado. Tienen su gracia los envoltorios arrugados...

Yo proseguía callado. Se desanimó un poco, pero hizo un nuevo esfuerzo:

—¿Sabes? Será estupendo. También yo contemplaré las estrellas. Todas las estrellas tendrán pozos con roldanas enmohecidas... Todas las estrellas me ofrecerán agua...

Yo seguía sin despegar los labios.

—¡Será tan diver! Tú tendrás quinientos millones de cascabeles, y yo quinientos millones de manantiales...

Se calló. Había empezado a llorar.

Al Principito le costaba dar el paso. Tenía miedo a afrontar la muerte aunque sabía que ese era el único camino para reunirse con su rosa. Tras unos minutos de dudas se adelantó. La serpiente le clavó su veneno dorado en los tobillos. Él permaneció un instante quieto y luego se desplomó sin un grito sobre la arena del desierto.

DEJAR EL ENVOLTORIO

Para el príncipe enamorado vivir lejos de la rosa acabó convirtiéndose en un auténtico calvario. La distancia le había permitido ponerle nombre a sus sentimientos y desde que lo había hecho solo soñaba en reunirse con su flor. Podría haberlo dicho cantando con las palabras de una mujer también encendida de amor:

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.
¡Ay qué larga es esta vida!,
¡qué duros estos destierros!,
¡esta cárcel, estos hierros,
en que el alma está metida!
Solo esperar la salida

me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

(SANTA TERESA DE JESÚS,
Vivo sin vivir en mí)

La vida en el planeta Tierra se convirtió para él, como para la santa de Ávila, en un duro destierro, en una cárcel sombría, en una pesada cadena. Solo soñaba con partir hacia su pequeño planeta, donde esperaba encontrar tal felicidad que se moría de pena mientras llegaba el momento. Podría haber rezado:

Reina en mí la oscuridad,
pero en ti está la luz;
estoy solo, pero tú no me abandonas;
estoy desatendido, pero en ti está la ayuda;
estoy intranquilo, pero en ti está la paz;
la amargura me domina,
pero en ti está la paciencia;
no comprendo tus caminos,
pero tú sabes el camino para mí.

(D. BONHOEFFER, *En ti está la luz*)

Para volver a reunirse con su rosa hubo de aprovechar el aniversario de su llegada a la Tierra. En ese momento su planeta estaría exactamente encima del lugar donde había caído el año anterior. Y como por esas calendas no había migración de aves en esa dirección (las personas mayores saben perfectamente que en ese mes las migraciones son en dirección contraria) hubo de acudir a la serpiente. Hacía ya tiempo que ella se había ofrecido a ayudarlo a volver a la tierra de la que había venido... Aquel siniestro reptil tenía el poder de llevarle más lejos que un trasatlántico...

El precio del viaje era muy alto: era preciso pagar con la propia vida. Al Principito le asustaba el dolor y le apenaba abandonar a su amigo el aviador, pero estaba dispuesto a todo con tal de reencontrarse con su rosa.

Él no vivía la muerte como algo dramático. Era un abrazo cariñoso que le permitiría desprenderse del envoltorio de su cuerpo para poder reunirse con su amada. Su estancia en la Tierra le había permitido aprender lo que necesitaba. Una vez desatados los nudos que le quedaban podría afrontar serenamente el tránsito y volar libre como una mariposa:

Cuando hemos aprobado los exámenes de lo que vinimos a aprender a la Tierra, se nos permite graduarnos. Se nos permite desprendernos del cuerpo, que aprisiona nuestra alma como el capullo envuelve a la futura mariposa, y cuando llega el momento oportuno podemos abandonarlo. Entonces estaremos libres de dolores, de temores y de preocupaciones, tan libres como una hermosa mariposa que vuelve a su casa, a Dios, que es un lugar donde jamás estamos solos, donde continuamos creciendo espiritualmente cantando y bailando, donde estamos con nuestros seres queridos y rodeados por un amor que es imposible imaginar.

(E. KÜBLER-ROSS, *La rueda de la vida*)

Lo que la doctora suiza formula, después de haber consagrado la mayor parte de su vida a la atención y cuidado de enfermos terminales y moribundos, lo canta con intuición poética José Luis Martín Descalzo, pájaro solitario, en el atardecer de su vida:

Morir solo es morir. Morir se acaba.
Morir es una hoguera fugitiva.
Es cruzar una puerta a la deriva
y encontrar lo que tanto se buscaba.
Acabar de llorar y hacer preguntas;
ver al Amor sin enigmas ni espejos;
descansar de vivir en la ternura;
tener la paz, la luz, la casa juntas
y hallar, dejando los dolores lejos,
la Noche-luz tras tanta noche oscura.

(J. L. MARTÍN DESCALZO,
Testamento del pájaro solitario)

Más que a la muerte, el Principito temía el dolor que su partida provocaría en su amigo. Quiso afrontarlo solo, como el torero en la plaza. Pero no pudo ser –no te abandonaré– y acabó aceptando en la última hora el ungüento perfumado de la amistad.

Para el Principito, como para cualquier cristiano, la muerte no era algo estúpido, brutal, sin sentido, un doloroso castigo de Dios. Era simplemente un paso doloroso, pero necesario, para entrar en una vida nueva, a la vez eterna y humana.

Gracias a la muerte de Cristo, que «muriendo destruyó nuestra muerte», como rezamos en el prefacio de Pascua, el tránsito ha perdido su aguijón. Así como una abeja desprovista de él puede picarnos pero no inyectarnos su veneno, desde entonces podemos afirmar que la propia muerte es la victoria sobre ella misma.

Contemplando a Cristo dormido en la cruz, el creyente descubre que la suya es una muerte por amor. Él murió como había vivido: regalándose a los demás. Había entregado su tiempo, su cuerpo, su madre, su vida hasta la última gota. Sus brazos extendidos en la cruz, expresan, por un lado, su ofrenda al Padre y por otro su entrega a los hombres. Su gesto callado es un grito elocuente que invita a vivir con los brazos y el corazón abierto a los demás.

Contemplando el cuerpo desmadejado del Principito tendido sobre la arena se descubre lo que había sido su vida y su muerte: una pasión encendida, un amor incondicional por una rosa. Para él la muerte era un paso doloroso y temido, una puerta angosta y molesta, pero necesario para vivir junto a su amada.

Al atravesar esa cañada oscura y ese valle tenebroso, su mano de niño buscó temerosa la de su amigo. De él recibió valor, seguridad y cariño para afrontar el paso. Así pudo llegar a verdes praderas junto a fuentes tranquilas donde su cabeza fue ungida por el perfume de una rosa y bebió la copa rebosante de su amor.

El Principito, como el esposo del Cantar de los Cantares, pudo confesar al reunirse con su rosa:

Ya vengo a mi jardín, hermana y novia mía,
a recoger mi bálsamo y mi mirra,
a comer de mi miel y de mi panal,
a beber de mi leche y de mi vino.
Compañeros, comed y bebed,
y embriagaos, mis amigos (Cant 5,1).

EL TRIUNFO DE LA VIDA

LA MUERTE NO ES EL FINAL

En la primavera de 2003, un desgraciado accidente aéreo segó la vida de sesenta y dos soldados españoles cuando regresaban de haber prestado servicios humanitarios en el lejano Afganistán. La noticia conmocionó a la opinión pública llenando de duelo cuarteles y hogares. Lo que se planeaba como un reencuentro gozoso en la intimidad familiar se convirtió en un multitudinario adiós en la pista de una base militar.

El solemne funeral, en presencia de los Reyes y el Príncipe de Asturias, reunió en Torrejón de Ardoz a familiares y compañeros. En torno a los féretros, cubiertos con la bandera nacional, se congregaron el dolor, las lágrimas y el duelo, compartidos en estrecho abrazo, por el pueblo y la corona. Cuando la muerte parecía enseñorearse de la reunión, un canto viril y emocionado puso el contrapunto confesando: «La muerte no es el final». Y el dolor, sin dejar de hacer sangrar los corazones, abrió las puertas a la esperanza.

La composición de Cesáreo Gabarain parecía escrita para la ocasión:

Tú nos dijiste que la muerte
no es el final del camino,
que aunque morimos, no somos
carne de un ciego destino.
Cuando la pena nos alcanza
por un compañero perdido,
cuando el adiós dolorido
busca en la fe la esperanza,
en tu palabra confiamos,
con la certeza que Tú
ya le has devuelto a la vida,
ya le has llevado a la luz.

Solo una fe así pudo sostener el dolor de nuestro aviador en la soledad habitada del desierto.

INVITACIÓN A LA VIDA

Tras la muerte del Principito, el aviador volvió a su país. Durante el resto de su vida conservó abierta la herida que le dejó la partida de su amigo. Su dolor solo se aliviaba con la certeza de que el Principito vivía felizmente en compañía de su rosa.

Sé positivamente que el Principito volvió a su planeta puesto que al amanecer no encontré su cuerpo. Al fin y al cabo no era un cuerpo tan pesado... Me gusta por las noches escuchar las estrellas... suenan como quinientos millones de cascabeles...

Solo le angustiaba un descuido de última hora: olvidó entregar al Principito el bozal para la ovejita. Había un riesgo constante: que el Principito se olvidara una noche de proteger la rosa con la urna y la oveja se comiera la flor...

A veces me digo: «Probablemente no. El Principito protege su flor con una urna de cristal todas las noches y vigila de cerca a la ovejita...». Entonces me pongo contento y todas las estrellas ríen entrañablemente.

Otras veces pienso: «De vez en cuando uno se distrae y, ¡se acabó! Bastaría que un día olvidara poner la urna de cristal o bien que la oveja saliera silenciosamente durante la noche para que... Entonces los cascabeles se transforman en lágrimas...».

Todo esto es un misterio profundo. Para vosotros, que queréis tanto al Principito, como para mí, todo es distinto desde su partida. No se sabe dónde, un cordero que no conocemos, puede haberse comido o no una rosa.

Mirad al cielo. Preguntaos: ¿se habrá comido o no el cordero a la flor? Veréis como todo cambia...

¡Ninguna persona mayor podrá comprender jamás que algo así tenga tanta importancia!

SIGNOS DE VIDA

«Sé que el Principito volvió a su planeta, puesto que al amanecer no encontré su cuerpo», escribe el aviador. Su experiencia recuerda la de María Magdalena en la mañana de Pascua:

El primer día de la semana, muy temprano, todavía a oscuras, va María Magdalena al sepulcro y observa que la piedra está retirada del sepulcro. Llega corriendo donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, el predilecto de Jesús, y les dice: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto» (Jn 20,1-2).

Al piloto y a María Magdalena, la noche les ha resultado eterna. Apenas comenzaba la alborada, ambos buscaban un cadáver. Aunque está amaneciendo, solo hay tinieblas en los corazones de estas personas empeñadas en hallar entre los muertos a los que viven.

Aunque ha despuntado la aurora de un nuevo día, sus propias oscuridades les han desorientado en la búsqueda. Impactados por los dolorosos acontecimientos de la madrugada, no han podido vislumbrar la vida nueva que ha brotado de unas muertes que son signos de entrega y amor.

Ambos necesitarán un cierto tiempo para metabolizar la experiencia. Solo entonces podrán interpretar los signos: ni Jesús ni el Principito estaban muertos, sino dormidos. El Padre ha acudido junto al lecho donde dormían sus hijos y les ha despertado con su rocío de luz. Se han levantado jubilosos los que habitaban en el polvo (Is 26,19-21). Ahora viven para siempre. Hasta ese momento, el aviador y Magdalena, lacerados por el dolor de la separación, estaban cegados e incapacitados para darse cuenta de que se estaba gestando la primavera. El corto pero duro invierno les había impedido barruntar la llegada del buen tiempo. A partir del tránsito de la muerte disfrutaban de la vida después de la vida que san Pablo describe como «estar siempre con el Señor» (1 Tes 4,17).

Esa plenitud vital que se alcanza al atravesar el umbral de la muerte no hace que las personas se desentiendan de sus seres queridos que quedaron en este mundo. Por el contrario, liberados del envoltorio del cuerpo, pueden hacerse presente, con la velocidad de la luz, junto a todos ellos, simultáneamente, por dispersos que se encuentren. A los vivos nos toca aprender a reconocer su presencia en los signos.

Igual que Juan descubrió en los lienzos, en el sudario doblado (Jn 20,6-9) y en la pesca abundante (Jn 21,6-7) la presencia del Resucitado, el aviador descubrirá, en el cascabeleo de las estrellas, la del Principito. Cada noche abrirá la ventana, mirará la noche y descubrirá en su alegre parpadeo el rastro de su amigo. Sabrá con serena certeza que, entre los quinientos millones de astros que brillan en la oscuridad, en una vive un amante enamorado que protege con una urna de cristal a una flor, que solo tiene cuatro miserables espinas para defenderse...

Antes de cerrar la ventana, el aviador sonreirá –«me hacen reír las estrellas», aclarará a cualquier adulto asombrado por su conducta– sabiendo que en la inmensidad del cielo, un príncipe enamorado le guiña cómplicemente. Sin saberlo se había convertido en eso que Dolores Aleixandre llama un «zahorí de la vida»,

al ser capaz de descubrir bajo un suelo reseco las corrientes subterráneas de vida que lo surcan. Ninguna persona mayor comprenderá que un gesto tan trivial pueda tener tanta importancia...

EPÍLOGO

Cuando la muerte nos arrebatara a un ser querido se produce inevitablemente una llaga profunda en el corazón humano. El hombre se queda íntimamente lacerado, extrañando una presencia. Desde ese momento se tiene que ir resignando a aceptar que nunca más verá su rostro, oirá su risa, sentirá su caricia, olerá su perfume, saboreará sus confidencias.

Algunas personas, llenas de buena voluntad, querrán consolarnos diciéndonos que el tiempo lo cura todo, que las inevitables ocupaciones diarias nos ayudarán a olvidar. Los más piadosos afirmarán que Dios llenará ese hueco. Pero no es verdad. Ni el tiempo, ni el trabajo, ni los otros, ni siquiera Dios, pueden compensar la ausencia de un ser querido. Ni siquiera debemos intentarlo. Aunque resulte doloroso, hay que habituarse a vivir con esa herida abierta. Mientras sea así permaneceremos unidos a la persona que con su partida la provocó.

Algo así vivió Antoine de Saint-Exupéry tras la partida del Principito. Volvió, una vez reparado el motor, a su país, a su trabajo, a su vida habitual. Sus compañeros, que se alegraron mucho de verle de nuevo sano y salvo, le encontraron apesadumbrado, pero no comprendían bien por qué. Él se limitaba a decirles que estaba muy cansado, pero no era del todo verdad...

Desde entonces han pasado ya muchos años, y aunque se siente mejor, una herida permanece abierta en su corazón, sigue echando de menos la risa cantarina de su amigo, su presencia que llenaba el desierto, sus cabellos dorados, sus preguntas inquietantes, su ternura que era fresca y reconfortante como el agua subida con esfuerzo del fondo de un pozo. No ha perdido la costumbre de mirar por las noches a las estrellas y sigue oyendo, aunque ninguna persona mayor se explica cómo, el alegre tintineo de quinientos millones de cascabeles. Periódicamente vuelve al desierto. Localiza con precisión suiza el lugar exacto donde conoció al Principito, mira al firmamento infinito y espera... Quizás algún día, inesperadamente, él vuelva...

Este es para mí el paisaje más hermoso y a la vez el más triste del mundo. Es el mismo que el de la página anterior. Lo he pintado otra vez para que os fijéis bien. Es el sitio en el que el Principito apareció y luego desapareció de la tierra.

Contempla atentamente este paisaje para estar seguro de que serás capaz de reconocerlo si algún día viajas por el desierto africano. Si justamente pasas por allí, te pido, por favor, que no tengas prisas, que permanezcas un rato justamente debajo de la estrella. Si un niño se te acerca, si

ríe, si tiene los cabellos dorados, si nunca responde a tus preguntas, adivinarás quién es. ¡Sé amable! No me dejes vivir en la tristeza: escíbeme urgentemente contándome que ha vuelto...

Puedes hacerlo a:

antonio.gonzalezpaz@marianistas.org

Contenido

Portadilla

Cita

Presentación

1. Un hombre con corazón de niño
2. Un príncipe en el desierto
3. Un príncipe enamorado
4. El universo de las personas mayores
5. El Principito y la serpiente
6. Vivir sin raíces
7. El eco misterioso
8. Un jardín de rosas
9. Dejarse embrujar
10. Es peligroso asomarse
11. Píldoras revolucionarias
12. El agua que alimenta el corazón
13. La sombra luminosa de la muerte
14. El triunfo de la vida

Epílogo

Créditos

Diseño: Pablo Núñez
Estudio SM

© 2005, Antonio González Paz
© 2005, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
© De la presente edición, ediciones SM 2014
Impresores, 15
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com

Coordinación técnica: Producto Digital SM
Digitalización: **ab** serveis

ISBN: 978-84-288-2649-5

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Índice

Portadilla	2
Cita	3
Presentación	4
1. Un hombre con corazón de niño	6
2. Un príncipe en el desierto	10
3. Un príncipe enamorado	22
4. El universo de las personas mayores	29
5. El Principito y la serpiente	48
6. Vivir sin raíces	52
7. El eco misterioso	57
8. Un jardín de rosas	61
9. Dejarse embrujar	65
10. Es peligroso asomarse	71
11. Píldoras revolucionarias	78
12. El agua que alimenta el corazón	83
13. La sombra luminosa de la muerte	90
14. El triunfo de la vida	97
Epílogo	102
Contenido	104
Créditos	105